

Cristo en Toda la Biblia: *General*



PRENSA ACACIA

Cristo en Toda la Biblia: General

Una publicación por Prensa Acacia

© Prensa Acacia 2020

Prensa Acacia

Emiliano Zapata

Campeche, México

www.graciasgracia.com

Prólogo

Cristo es el centro de toda la Biblia. Él dijo de las Escrituras: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn. 5:39). De manera que leer la Biblia sin tomar esto en cuenta, es perder de vista el principal objetivo por el cual Dios nos dio su palabra escrita.

En esta compilación de escritos y de bosquejos hemos hecho el esfuerzo en buscar a Jesucristo en una variedad de pasajes a lo largo de toda la Biblia.

Deseamos que el material te ayude a adquirir un mayor conocimiento de nuestro Salvador y que esto produzca un anhelo de seguir viviendo una vida en devoción a él.

Oveja y Cordero

¿Has notado el cambio que hace Lucas, sin duda bajo la influencia del Espíritu Santo, al citar al profeta Isaías cuando narra la conversión del Etíope?

En Isaías 53:7 es profetizado que Cristo sería "como cordero llevado al matadero", que nos puede describir Su crucifixión, y "como oveja delante de sus trasquiladores", que quizás se refiere a Su juicio.

El cambio lo vemos cuando Lucas, en Hechos 8:32, nos da la porción que iba leyendo el Etíope y cita al profeta Isaías que Cristo "como oveja a la muerte fue llevado; y como cordero mudo delante del que lo trasquila..."

¿Qué hace un cordero pequeño, vulnerable y con muy poca lana delante de trasquiladores? Para una oveja, eso sería un alivio; ¿pero para un cordero?, eso sería un castigo muy cruel. Posiblemente el Espíritu Santo hace la modificación, con la autoridad que Él tiene, para darnos una idea de cómo fueron para Jesucristo los dolores de la crucifixión.

La Hora Novena

En la Biblia, la hora novena equivale a lo que para nosotros son entre 2:00-3:00 pm. A esa hora se ofrecían los holocaustos en las tardes y a esa hora distintas personas fueron oídas por Dios.

Elías, fue oído por Dios para que su altar se prendiera en fuego que venía del cielo (1 Re. 18:36).

Daniel, fue oído por Dios y recibió profecía y revelación de Él (Dan. 9:21).

Pedro y Juan fueron al templo a orar y fueron ayudados por Dios para sanar a un hombre paralítico (Hch. 3:1).

Cornelio, fue oído y Dios obró para que Pedro le anunciara el evangelio a su familia, a sus amigos y a él (Hch. 10:30).

¿Y el Señor Jesucristo? ¿Qué de Su clamor que Él hizo a Dios a la hora novena?

"Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mar. 10:34)

Silencio fue la respuesta que recibió.

Cristo en las Aves del Salmo 102

"Soy semejante al pelícano del desierto; soy como el búho de las soledades; velo, y soy como el pájaro solitario sobre el tejado."

(Sal. 102:6, 7)

Hebreos 1 nos confirma que es acerca de Cristo que se nos habla en este precioso Salmo.

En su título podemos ver que se nos va a describir algo de Sus padecimientos y de Su soledad: "Oración del que sufre, cuando está angustiado, y delante de Jehová derrama su lamento" (v. 1).

En los vv. 6, 7 el escritor utiliza a tres aves: un pelícano, un búho y un pájaro; para describir la soledad sentida por Cristo al estar sufriendo en el Gólgota.

El pelícano se encuentra fuera de su hábitat al estar en el desierto y no en alguna playa. Así Cristo, en vez de estar en Su lugar de honra en el cielo, lo encontramos sólo sobre una cruz.

El búho y sus sonidos melancólicos que emite nos hace pensar en la tristeza sentida por el Señor al haber sido humillado, maltratado y desamparado.

El pájaro sobre este tejado le hace falta una compañía, como comúnmente vemos a los pájaros en parejas o en un grupo. Tanta gente alrededor de la cruz de Cristo pero a Él lo vemos

abandonado de Su Padre, de Sus discípulos y de Su creación
al no brillar el sol.

Cristo en Filipenses

En cada uno de los cuatro capítulos de la carta a los Filipenses, encontramos una cosa que Cristo es para nosotros. Esto debe traer a nuestro corazón un gran sentido de agradecimiento a Dios por Su Hijo.

Capítulo 1: Cristo es mi vida.

"Para mí el vivir es Cristo" (1:21).

Capítulo 2: Cristo es mi ejemplo.

"Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (2:5)

Capítulo 3: Cristo es mi meta.

"Para ganar a Cristo" (3:8)

Capítulo 4: Cristo es mi fortaleza.

"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (4:13).

Lo es todo para nosotros.

Cristo en Colosenses

Pablo en alguna prisión, escribió una carta destinada a la iglesia en Colosas, la cuál habrá sido leída ante todos los hermanos. De igual manera debía de ser compartida con los creyentes en Laodicea.

Una de las muchas cosas que habrán aprendido y disfrutado es acerca de la relación tan singular e íntima entre el Padre y el Hijo. En esta carta veo cinco cosas acerca de esa relación eterna en la Deidad:

I. El Hijo amado por Su Padre

"Su amado Hijo" (1:13)

II. El Hijo es la imagen de Su Padre

"es la imagen del Dios invisible" (1:15)

III. El Hijo bendecido por Su Padre

"todo fue creado por medio de Él y para Él" (1:16)

IV. El Hijo favorecido por Su Padre

"agradó al Padre que en Él habitase toda plenitud" (1:19)

V. El Hijo exaltado por Su Padre

"Cristo sentado a la diestra de Dios" (3:1)

Nosotros también, como los hermanos de aquellos lugares de hace tanto tiempo, podemos gozarnos y maravillarnos de estas cinco cosas que vemos en Colosenses en cuanto al Hijo y Su Padre.

Cristo en Hebreos

La superioridad de Cristo en los 13 caps. de la carta a los Hebreos:

Caps. 1 y 2 Cristo superior a todo lo creado.

Cap. 3 Cristo y Su casa; superior a la casa edificada por Moisés.

Cap. 4 Cristo y Su reposo; superior al reposo de Israel.

Cap. 5 Cristo y Su sacerdocio; superior al sacerdocio de Aarón.

Cap. 6 Cristo y nuestra esperanza en Él; superior a la esperanza de Israel.

Cap. 7 Cristo y Su eterno sacerdocio; superior al sacerdocio según el orden de Melquisedec.

Cap. 8 Cristo como ministro del nuevo pacto; superior a Moisés como ministro del antiguo pacto.

Cap. 9 Cristo y Su sangre; superior a la sangre derramada de los animales sacrificados.

Cap. 10 Cristo y Su sacrificio; superior a los sacrificios y ofrendas según la ley.

Caps. 11 y 12 Cristo superior como "autor y consumidor de la fe" que todos los que mostraron fe durante el antiguo pacto.

Cap. 13 Cristo como "el Gran Pastor de las ovejas"; superior a los pastores.

"Mi corazón entona la canción: ¡Cuan grande es Él!"

Varón de Dolores

Otra semana inicia, y como cada Domingo, otra vez hará memoria de Jesucristo pero las cargas pesadas que lleva siguen sobre su espalda. Las cargas quizás no son todas iguales a las que llevan los que también estarán presentes, pero ahí están, todos los llevamos. Ir a la presencia de Cristo, para recordar Sus sufrimientos, a través del pan y de la copa, es el lugar más indicado en donde pueda estar porque se estará presentando ante el "varón de dolores, experimentado en quebranto". Isaías está hablando de nuestro Señor cuando escribe del "hombre de las angustias, conocedor por experiencia de las ansiedades". Aquél a quien usted va a exaltar, entiende todo lo que siente porque Él también lo sintió y aún mucho más. Otros que también se reunirán con usted, quizás no puedan (o no quieran) descifrar sus dolores, pero Él sí. Le comprende, no porque se le contó cómo es el dolor, sino porque Él mismo vivió todo lo que usted está sintiendo. Quedé asombrado cuando busqué las ocasiones en las que Isaías en su profecía menciona esa misma palabra "dolores". Esperé encontrarme con una larga lista de citas al pensar en los días en los que Isaías sirvió a Dios. Sin duda, fueron días complicados, de mucho dolor que habrá sentido aquél hombre de Dios en el alma. Me conmovió mucho cuando encontré que el profeta usa esta palabra solamente dos veces. Sesenta seis capítulos, tantos eventos de los que uno lee que saturan el corazón de dolor, pero sólo dos veces aparece esta palabra "dolores". Primero, cuando describe al Señor siendo aquél "varón de dolores" (53:3) y segundo, cuando lo señala a Él como aquél que "sufrió nuestros dolores" (53:4). ¡Qué impactante! Isaías escribe todo un libro

y cuando habla de dolores, describe que el más conocedor de aquello, Jesucristo, ha llevado, como se lleva una carga, nuestros dolores. Llegue a los pies de Cristo, quítese esa carga que lleva, poniendo la mirada en Él, y entréguela al que sabe por experiencia propia todo lo que a usted le duele y adórelo como nunca. No piense en sus dolores, piense en los dolores que Cristo sintió en Su corazón, alma, cuerpo, espíritu.

Cristo en los Escritos de Pedro

Pedro presenta a Cristo como:

Redentor (1 Pe. 1:18)
Cordero (1 Pe. 1:19)
Piedra (1 Pe. 2:4, 6-8)
Sustituto (1 Pe. 2:21, 24; 3:18)
Pastor (1 Pe. 2:25)
Obispo (1 Pe. 2:25)
Príncipe de los pastores (1 Pe. 5:4)
Lucero de la mañana (2 Pe. 1:19)
Rescatador (2 Pe. 2:1)
Rey (2 Pe. 1:11)
Hijo (2 Pe. 1:17)
Ladrón en la noche (2 Pe. 3:10)

En su primera carta, menciona las agonías de Jesucristo en cada uno de sus cinco capítulos:

1:11 "sufrimientos de Cristo"
2:21 "Cristo padeció"
3:18 "Cristo padeció"
4:1 "Cristo ha padecido"
4:13 "los padecimientos de Cristo"
5:1 "los padecimientos de Cristo"

En sus dos cartas, Pedro menciona 7 cosas que son preciosas, de las cuales 3 tienen que ver con el Señor:

Su sangre es preciosa (1 Pe. 1:19)

Él es una piedra preciosa (1 Pe. 2:2, 6)

Él es precioso (1 Pe. 2:7)

Cristo siempre es la llave que nos permite abrir los tesoros que Dios nos quiere hacer ver en cada libro de la Biblia.

Cristo en los Escritos de Juan

Es muy especial la relación que hay entre Jesucristo y Juan. En cinco ocasiones leemos que Juan era el discípulo que Jesús amaba (Jn. 13:23; 19:26; 20:2; 21:7, 20). Disfrutemos algunas verdades muy preciosas que Juan conoció acerca del Señor en esa cercanía que tuvo con Él.

Después de Pablo, Juan es el que más libros escribió en el Nuevo Pacto: un evangelio, tres cartas y la Revelación de Jesucristo.

De los cuatro evangelios que hay, Juan es el único que en el suyo escribe las palabras del Señor a Tomás, al hablar de sí mismo, cuando le dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida..." (14:6).

Juan, en cada una de sus tres cartas, enfatiza esas tres cosas que Cristo dice ser:

1 Juan: Cristo es la "vida" que hemos recibido (1:1, 2; 2:25; 3:14-16; 5:11-13, 16, 20).

2 Juan: Cristo es la "verdad" que mora en nosotros (vv. 1, 2, 4, 9).

3 Juan: Cristo es el "camino" por el cual andamos (vv. 3-6, 12).

En tres de sus cinco libros, Juan habla del Señor como el "Verbo" al ser la Palabra o la comunicación de Dios al

hombre. De hecho, Juan es el único escritor en toda la Biblia que menciona ese Nombre de Cristo.

Evangelio de Juan: La encarnación del Verbo (1:1, 14).

1 Juan: La dádiva (1:1) y la deidad (5:7) del Verbo.

Apocalipsis: La realeza y el señorío del Verbo (19:13).

Por último, Dios nos permita mañana Domingo y toda la semana entrante, encontrarnos igual que Juan al estar él en la presencia de Su Hijo:

- Viendo Su gloria sobre un monte (Mat. 17:1).
- Recostado a Su lado la noche antes de Su muerte (Jn. 13:23).
- Escuchando sus gemidos en el huerto antes de ser juzgado (Mar. 14:33).
- Observando Su cuerpo sobre un madero (Jn. 19:26).
- Bajándose a mirar Su tumba vacía (Jn. 20:5)
- Gozándose de verlo resucitado (Jn. 21:7)

Juan, con razón después de todo lo que viste en Cristo, terminas un libro, terminas la Biblia escribiendo: "Amén; sí, ven, Señor Jesús". A eso nosotros decimos: "Amén" porque queremos ver todo lo que tú has disfrutado de nuestro Amado.

La Extrema Pobreza del Salvador

Los hijos de Dios en Esmirna, Asia Menor, (lo que hoy es Izmir, Turquía) padecían de muchas maneras por estar aferrados a su fe en el evangelio. "El primero y el postrero" les escribe y les promete la corona de vida a los que iban a morir por no retractarse en su firme decisión de seguirle. El evangelio los había convertido en los más ricos de la ciudad, al ser bendecidos con toda bendición espiritual, pero también los había dejado en "pobreza" (Ap. 2:9). Me pregunto, ¿qué pensarían mis hermanos Esmirnenses del evangelio de prosperidad que comúnmente se predica el día hoy? Pensaríamos que quizás aquellos en Esmirna estaban sufriendo pobreza porque tenían poco. Al buscar el significado de esta palabra "pobreza" que es usada aquí, aprendemos que es la pobreza del mendigo o del indigente. No es que tenían poco, es que se habían quedado sin nada. No es que no había empleo, es que habían sido desposeídos de todos sus bienes que habían obtenido en aquella gran ciudad portuaria.

Esta palabra "pobreza" solamente es empleada en otras dos ocasiones en el Nuevo Testamento, y se encuentran en 2 Corintios 8, cuando Pablo da instrucciones sobre el tema de la ofrenda. Primero menciona la "pobreza" de los de Macedonia (v. 2) y la segunda mención es en relación a las carencias de bienes materiales en la vida de Jesucristo. Pablo escribe: "conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos." (v. 9) La pobreza de los de Esmirna y Macedonia toca el corazón, pero

la de Cristo nos deja muy pensativos y nos hace elevar a Dios acciones de gracias por Él, porque sabemos que por nosotros supo lo que fue la penuria.

Por querer enriquecernos, el Señor sufrió extrema pobreza en Su nacimiento, al ser puesto en un pesebre, y 40 días después, sus padres lo fueron a presentar al templo, ofreciendo lo que había sido designado para los pobres. En Sus años de servicio a Dios, sigue la pobreza en Su vida al mandar Él sacar una moneda de la boca de un pez para pagar el impuesto, y posiblemente Él y Sus apóstoles comieron granos de una siembra un Sábado porque no habían ingerido alimentos hasta ese momento. En Su muerte, quizás lo único que había sido suyo era la ropa que llevaba puesta pero hasta eso le fue despojado para agonizar desnudo sobre un madero, únicamente vestido con una corona de espinas en Su cabeza.

Pablo concluye hablando del tema de la ofrenda, maravillado por la gracia de Cristo y la gracia de Dios en nuestras vidas, y exclama: "¡Gracias a Dios por Su regalo indescriptible!" (2 Cor. 9:15)

Cristo lo es Todo

En un reino hay por lo menos tres tipos de oficios: de realeza, servicio y culto. En cada uno de esos ámbitos, cada persona involucrada se dedica a sus asuntos sin poder cumplir con las funciones de otro. Por ejemplo: el mayordomo no puede ser príncipe, ni el príncipe puede ser rey.

La grandeza de Jesucristo lo lleva a ser la excepción, al ser Él único que puede cumplir con varios oficios en Su reino. No solamente tiene más de un oficio, sino que también cumple con oficios de cada una de las tres categorías. Esto resalta Su exaltación y magnifica Su humillación.

Oficios de realeza de Cristo:

Rey (Apocalipsis 19:16)

Príncipe (Daniel 9:25)

Señor (Hechos 2:36)

Oficios de culto de Cristo:

Obispo (1 Pedro 2:25)

Sumo Sacerdote (Hebreos 4:14)

Legislador (Génesis 49:10)

Profeta (Deuteronomio 18:15)

Maestro (Juan 3:2)

Mediador (1 Timoteo 2:5)

Oficios de servicio de Cristo:

Capitán (Hebreos 2:10)

Juez (Juan 5:22)

Arquitecto (Hebreos 11:10)

Abogado (1 Juan 2:1)

Consejero (Isaías 9:6)

Mayordomo (Efesios 1:10)

Siervo (Isaías 42:1)

Llegará el día, cuando ya no con nuestra imaginación, sino con estos ojos, miraremos el esplendor de la gloria del Rey en Su reino. ¡Qué reino nos espera y qué Rey nos gobernará!

Trilogía de Salmos sobre Jesús

¿Te gustan las trilogías? Hay una que escribió David hace unos 3,000 años sobre Jesucristo, que por mucho excede cualquier trilogía de películas, libros o videojuegos que este mundo pueda producir. Me refiero a los Salmos 22-24. David en el Salmo 22 nos hace ver el pasado de Cristo como el Salvador, en el Salmo 23 es Su presente como el Pastor y el Salmo 24 es Su futuro como el Rey.

El Salmo 22 es uno de los pasajes en la Biblia que describe más gráficamente las agonías de Señor sobre un madero. A los escépticos, les preguntamos: ¿cómo sabía David qué muerte moriría Cristo si la crucifixión no existía en su tiempo? David describe tres tipos de intensos dolores: físicos (vv. 14-17), emocionales (vv. 6-8, 12-14) y vicarios (vv. 1, 2).

Uno no puede leer el Salmo 22 y no notar que se mencionan seis animales. Dos describen a Jesucristo: cierva de la mañana (v. 1) y gusano (v. 6). Cuatro describen a las personas que le causaron tanto dolor al Señor: toros (v. 12), león (vv. 13, 21), perros (vv. 16, 20) y búfalos (v. 21).

Llama la atención todas las cosas que Cristo menciona ser Suyas al padecer inmensamente: mi salvación, mi clamor, mi madre, mi Dios, mi corazón, mis entrañas, mi vigor, mi paladar, mis manos, mis pies, mis huesos, mis vestidos, mi alma.

La primera mitad del Salmo 22 se enfoca en los sufrimientos de Jesucristo (vv. 1-21), pero la segunda mitad nos presenta el glorioso futuro que le espera al Señor (vv. 22-31).

Cristo en las Profecías de Jeremías

Sea una de las primeras páginas en tu Biblia o una de las últimas, siempre vas a poder encontrar a Jesucristo en cada una de ellas. La profecía de Jeremías y el libro de Lamentaciones no son la excepción. Al leer esos dos libros, nos damos cuenta de que aún cuando fueron escritos unos 700 años antes del nacimiento de Cristo y que narran eventos muy turbios en la historia de la nación de Israel, Jeremías nos revela claramente a Cristo.

1. Cristo en las experiencias de Jeremías:

- i. oveja llevada al matadero (Jer. 11:19; Isa. 53:7)
- ii. cortado de la tierra de los vivientes (Jer. 11:19; Isa. 53:8)
- iii. lágrimas derramadas por Jerusalén (Jer. 13:17; Luc. 19:41)
- iv. azotado (Jer. 20:2; Jn. 19:1)
- v. burla (Jer. 20:7; Lam. 3:14)
- vi. sangre inocente (Jer. 26:15; Mat. 27:4)
- vii. abandonado (Lam. 3:8; Sal. 22:1)
- viii. no sentado en compañía de burladores (Jer. 15:17; Sal. 1:1)
- ix. maquinaciones en su contra (Jer. 18:18; Mat. 26:59)
- x. rechazado por los suyos (Jer. 20:10; Jn. 1:11)
- xi. intercesor (Jer. 42:2; Heb. 7:25)

2. Cristo en las palabras de Jeremías:

- i. Fuente de agua viva (Jer. 2:13; 17:13; Jn. 4:14; 7:37,38)
- ii. Pastor (Jer. 23:3, 4; Jn. 10:11)
- iii. Rey (Jer. 23:5, 6; Ap. 19:16)

- iv. Médico (Jer. 8:22; Isa. 53:4)
- v. Renuevo de justicia (Jer. 33:15)
- vi. Redentor (Jer. 50:34; 1 Pe. 1:18)

El Amor de Cristo

¿Te has preguntado cuál será la mejor canción de amor que jamás ha sido escrita? El título del libro en la Biblia que describe el amor entre Salomón y su amada es "Cantar de los cantares". Este himno excede todos los muchos otros himnos escritos por Salomón o cualquier otra persona. Este es el himno de himnos porque la historia de amor de Salomón y la mujer Sulamita, es la historia de amor de Cristo y nosotros.

Nota lo que aprendemos del amor de Cristo al leer lo que esta pareja se dice, el uno al uno al otro, del amor que se tienen.

1. El amor de Cristo nos satisface. "Mejores son tus amores que el vino." (1:2). El vino en la Biblia es simbólico de gozo.
2. El amor de Cristo nos distingue. "Su bandera sobre mí fue amor." (2:4)
3. El amor de Cristo nos conmueve. "Estoy enferma de amor." (2:5; 5:8)
4. El amor de Cristo nos apodera "Fuerte es como la muerte el amor" (8:6)
5. El amor de Cristo nos consuela. "Las muchas aguas no podrán apagar el amor" (8:7) Nada ni nadie puede hacer que Cristo te deje de amar.

Amor como el de Cristo no hay otro. Soportó las agonías
indecibles en el Gólgota por el amor que nos tiene.

Alma del Bendito

El alma de Cristo fue:

1. Una alma amenazada

"Libra de la espada mi alma" (Sal. 22:20)

2. Una alma inundada

"Las aguas han entrado hasta el alma" (Sal. 69:1)

3. Una alma afligida

"La aflicción de Su alma" (Isa. 53:11)

4. Una alma entristecida

"Mi alma está muy triste" (Mat. 26:38)

5. Una alma turbada

"Está turbada mi alma" (Jn. 12:27)

6. Una alma guardada

"No dejarás mi alma en el Hades" (Hch. 2:27)

Su Espalda

Mira conmigo lo que encontramos sobre la espalda de nuestro Señor Jesucristo.

Es una espalda azotada, porque sobre ella vemos los látigos hiriéndole profundamente. Él dice: "Di mi cuerpo a los heridores..." (Isa. 50:6). Esta palabra "cuerpo" también puede significar "espalda".

Lo que los Romanos hicieron a Su espalda al flagelarlo, es comparado a lo que el agricultor hace con su tierra al prepararla. "Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos surcos." (Sal. 129:3)

Vemos también sobre Su espalda una enorme carga. Lleva sobre sí todos los pecados cometidos y aún por cometerse. Isaías profetiza: "Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros." (Isa. 53:6) Pedro escribe: "Llevó él mismo nuestros pecados en Su cuerpo..." (1 Pe. 2:24) Nos vemos conmovidos cuando cantamos las palabras: "¡Qué carga inmensa, oh Señor, fue impuesta sobre Ti!"

Quiero que veas la espalda de Cristo y note que ahora lleva una oveja perdida. Maravillosa parábola contada por Cristo, que algunos aprendimos de niños y que seguimos disfrutando hasta hoy. Un pastor pierde una de cien ovejas que tenía y la sale a buscar hasta encontrarla. Cuando halla a la oveja "la pone sobre sus hombros gozoso" (Luc. 15:5). ¿Por qué la pone allí? Porque está fatigada por haberse perdido y no tiene la fuerza de caminar de regreso al redil. Pero ahora

va en un lugar seguro al ir sobre los hombros de su pastor. Igual con nosotros, ¿verdad? El buen Pastor nos halló cansados por causa de nuestro pecado, nos rescató y nos lleva seguros sobre Sus hombros.

Sobre la espalda de Cristo vemos el látigo, la carga, la oveja; pero también, el glorioso gobierno que por siempre llevará sobre sí mismo en toda Su majestad. Solo Cristo fue Rey antes de nacer, porque Isaías predijo acerca de Él mucho tiempo antes de que naciera en Belén: "un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro..." (Isa. 9:6)

Bendita espalda de nuestro Dios y Salvador.

Fuera del Campamento

Quedar "fuera del campamento" no era un lugar en el que quería estar un Israelita. Era muy humillante porque era señalado y sacado de entre la multitud. Las siguientes son razones por las que algunos tenían que salir:

- Quemar el animal en la ofrenda por el pecado (Lev. 4:12).
- Leproso (Lev. 13:46; Núm. 12:14)
- Los que eran apedreados (Lev. 24:14; Núm. 15:35)
- Inmundos (Núm. 5:3)

Cuando Cristo salió por la puerta de la ciudad de Jerusalén, cargando Su cruz, aparte de oír las burlas de los gobernantes y de los bebedores (Sal. 69:12), quizás iba pensando en la humillación asociada con salir "fuera del campamento".

"Padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a Él, fuera del campamento, llevando Su vituperio" (Heb. 13:12, 13). "El lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad" (Jn. 19:20). Cerca, pero fuera de los muros de la santa ciudad.

Cuando nació, no hubo lugar para Él en el mesón. Cuando murió, no hubo lugar para Él en la ciudad. Piensa en Cristo al sufrir por nosotros, sintiendo la pena de tener que pasar por todo eso, estando "fuera del campamento".

El Señorío de Cristo en Corintios

La congregación en Corinto estaba desordenada, dividida y contaminada. ¿Qué habían perdido de vista? El primer lugar que Cristo debe de tener en todo.

En la primera carta que Pablo les escribió, les enfatiza el señorío de Cristo al mencionarles varias cosas que son Suyas.

1. La venida del Señor (1:7)
2. El día del Señor (1:8; 5:5)
3. El Nombre del Señor (1:10; 5:4; 6:11)
4. La mente del Señor (2:16)
5. El poder del Señor (5:4)
6. El mandamiento del Señor (7:25; 14:37)
7. La misericordia del Señor (7:25)
8. Las cosas del Señor (7:34)
9. Los hermanos del Señor (9:5)
10. La copa del Señor (10:21)
11. La mesa del Señor (10:21)
12. La tierra del Señor (10:26, 28)
13. La Cena del Señor (11:20)
14. La muerte del Señor (11:26)
15. La copa del Señor (11:27)
16. La sangre del Señor (11:27)
17. El cuerpo del Señor (11:27)
18. La obra del Señor (15:58)
19. La gracia del Señor (16:23)

Dios nos ayude a que mañana en el Partimiento del pan, y en toda la semana, podamos mostrar que Cristo es nuestro Señor.

Dominio sobre los Animales

"Todo lo sujetaste bajo Sus pies..." (Hebreos 2:8).

El Creador de todo, siempre ha mostrado pleno dominio sobre toda Su creación, sea estando en el cielo o estando aquí en la tierra. Nota como demostró esto con el reino animal al estar aquí.

1. Dominio sobre las aves del cielo

Mientras el hombre lo juzgaba, Él se aseguró de que un gallo estuviese cerca y le mandaba a que cantara mientras Pedro lo negaba (Mar. 14:68, 72) tal y como se lo había anticipado (Mar. 14:30).

2. Dominio sobre los animales del campo

En aquella ocasión en la que el Diablo le tentó de tres maneras distintas, Marcos es el único que nos dice que habían fieras en el desierto (Mar. 1:13). Ni Satanás ni las fieras dañaron al Señor aquel día en el desierto.

La profecía de Zacarías 9:9 se cumplió perfectamente cuando el Señor entró a Jerusalén por última vez antes de morir, montado sobre un pollino. No entró sobre un caballo, camello o asno. Entró montado sobre un pollino ¡Asombrosa la autoridad única que tiene la Palabra de Dios en cuanto a la profecía! Lucas es el único que nos dice que jamás había sido montado (19:30). Cristo domó un animal en un instante; algo que a otros les hubiese tomado muchas horas. El poder

de Cristo se acentúa cuando Mateo es el que añade que la asna iba con su pollino. Pudo haberse sentado sobre la asna pero se sentó sobre el pollino.

3. Dominio sobre los peces del mar

En Mat. 17 le preguntan a Pedro si el Señor no iba a pagar el impuesto. Cristo manda a Pedro a que vaya al mar y que saque el primer pez que pesque. El poder de Cristo permitió, que en el primer intento, un pez mordiera el anzuelo y que en la boca de ese pez hubiese una moneda. No era la primera ni la última vez que aquel pescador vería un pez con un anzuelo en su boca, pero jamás volvería a ver a un pez con una moneda en su boca. Cristo había guiado al pez a la orilla y había formado en su boca una moneda.

En por lo menos dos ocasiones (Luc. 5:7; Jn. 22:11) cuando los discípulos habían pasado horas tratando de pescar, el Señor guió muchos peces para que nadasen y llegasen a estar cerca de donde estaban pescando Sus discípulos. Un pez o una gran cantidad de peces, el Señor los controlaba a todos.

Metas para un Año Nuevo

Hay algo singular que sucederá este año, si Dios lo permite. El 2017 inició un día Domingo y concluirá con el mismo día. Dios nos concederá, en Su voluntad, el gozo y el privilegio de terminar el año, como lo hemos comenzado, haciendo memoria de Su Hijo.

El Domingo es especial para Dios, al haberse llevado a cabo eventos muy importantes en ese día de la semana, y por lo tanto, debe ser igual para nosotros. Es el único día de la semana, en nuestros tiempos, el cual Dios ha nombrado. Es llamado el "día del Señor" (Ap. 1:10). Seguimos correctamente la práctica de los apóstoles, al llevar a cabo la Cena del Señor o el Partimiento del pan cada primer día de la semana (Hch. 20:7). De esta manera, obedecemos el mandamiento del Señor de hacer memoria de Sus sufrimientos a través del pan y de la copa (1 Cor. 11:23-26).

Quizás para el 2018, podemos proponernos con la ayuda del Señor:

1. Congregarnos en una iglesia que celebre la Cena del Señor de manera semanal (Hch. 2:42).
2. Estar presente en las 52 ocasiones en que se hará memoria de nuestro Señor en el año entrante (Heb. 10:25), Si Él aún no ha venido.
3. Buscar la reconciliación con alguien que he ofendido o que me ha ofendido (Mat. 5:23, 24; 18:15).
4. Examinar nuestra conducta en la semana y confesar pecado (1 Corintios 11:27-32).

5. Prepararme a lo largo de la semana para participar con frescura y variedad en la Cena del Señor. Pudiera ser con una alabanza, oración o lectura de la Palabra (1 Cor. 14:26).
6. Lo que demuestro en el Partimiento del Pan, al obedecer y agradecer al Señor, mostrarlo durante la semana, donde quiera que me encuentre (Hch. 6:3).

Todo eso lo podremos lograr, si con la ayuda de Dios, somos constantes y no perdemos a Cristo de nuestra vista. Él es el mejor ejemplo de alguien que hizo todo con determinación y dedicación aún cuando le iba a costar mucho. La Biblia describe eso en nuestro Señor utilizando el pedernal como ejemplo.

En el mes de Noviembre, en una visita que hice a los hermanos en Nicolás Bravo, Quintana Roo, ellos me mostraron la piedra que es llamada pedernal y pude comprobar por primera vez lo duro que es.

Isaías predijo que Cristo pondría Su rostro como un pedernal (Isa. 50:7). Le esperaba la vergüenza y el dolor de la cruz, pero Él, dice Lucas: "afirmó Su rostro para ir a Jerusalén." (Luc. 9:51). En un nuevo año que inicia, sin duda recibiremos muchas bendiciones de Dios, pero también pasaremos por muchas angustias. Seamos como Cristo y no permitamos que nada nos estorbe de disfrutar semanalmente la Cena del Señor y de servirle a Él todo el año o hasta Su pronta venida.

Nuestro Pastor

Éramos como ovejas sin pastor, hasta que encontramos al mejor Pastor de todos.

Jesucristo como Pastor:

1. La fuerza del Pastor (Gén. 49:24)
2. La provisión del Pastor (Sal. 23:1)
3. La ternura del Pastor (Isa. 40:11)
4. El abandono del Pastor (Zac. 13:7)
5. La bondad del Pastor (Jn. 10:11)
6. El conocimiento del Pastor (Jn. 10:14)
7. La grandeza del Pastor (Heb. 13:20)
8. La espera del Pastor (1 Pe. 5:4)
9. El consuelo del Pastor (Ap. 7:17)

Lo Que Fue Hecho

Lo que fue hecho o lo que se hizo nuestro Señor.

"Fue hecho carne..." (Jn. 1:14)

"ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención..." (1 Cor. 1:30)

"Lo hizo pecado..." (2 Cor. 5:21)

"Se hizo pobre..." (2 Cor. 8:9)

"Hecho semejante a los hombres..." (Fil. 2:7)

"Fue hecho un poco menor que los angeles..." (Heb. 2:9)

"Hecho sumo sacerdote" (Heb. 6:20)

"Hecho fiador" (Heb. 7:22)

El Mesías en Mateo

Un hermano judío recién convertido, quizás unos cuarenta años después de la muerte del Cristo, con muchas ansias, llega al lugar de reunión de su asamblea. Le ha llegado a sus oídos una gran noticia. Por primera vez será leído el evangelio de Mateo a los Cristianos en aquel lugar, después de que pudieron conseguir una copia con mucho esfuerzo.

Pone mucha atención a la lectura, porque tener una copia para uno mismo de este evangelio, no era tan sencillo como lo es para nosotros tener el día de hoy. Al oír, se maravilla de todas las referencias que hace Mateo al Antiguo Testamento, en relación a Jesucristo, al mencionar: lugares, personas, eventos y citas de los libros de Moisés, los salmos y los profetas. Se da cuenta de todas las veces que Mateo señala cosas que sucedieron en la vida de Cristo para que se cumpliese lo que había sido escrito por los profetas. Esto lo hace regresar a casa con aún más gozo de haber creído en el verdadero Mesías.

Repasemos nosotros también estas profecías y disfrutemos ver a Cristo siendo el Rey y Mesías.

1. Nacido de una mujer virgen (Mat. 1:22, 23).
2. Llevado a Egipto y llamado de allí (Mat. 2:15).
3. Muerte de bebés en la región de Belén por órdenes del rey Herodes (Mat. 2:17).
4. Habitó en la ciudad de Nazaret (Mat. 2:23).
5. Ministerio de Juan (Mat. 3:3).
6. Habitó en Capernaum (Mat. 4:13-16).

7. Sanidad a enfermos y endemoniados (Mat. 8:17).
8. Pidió con insistencia que no divulgaran quien era (Mat. 12:16-21).
9. Habló por parábolas (Mat. 13:13, 14).
10. Habló por parábolas (Mat. 13:34, 35).
11. Entró a Jerusalén montado sobre un pollino (Mat. 21:4, 5).
12. Arrestado en el Getsemaní para ser llevado a la cruz (Mat. 26:54, 56).
13. Manejo del dinero de su traición (Mat. 27:9).
14. Despojado de sus vestiduras antes de ser crucificado en un lugar público (Mat. 27:35).

El Gran Profeta

"Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare." Deuteronomio 18:18

No estamos suponiendo cuando decimos que Moisés está profetizando acerca del Señor Jesús. Pedro (Hch. 3:22) y Esteban (Hch. 7:37) nos confirman esto al predicar el evangelio de Dios.

Sería provechoso si nos diéramos a la tarea de hacer una lista de todos los profetas que menciona la Biblia. Quizás algunos puedan compilar una lista más larga que algunos de nosotros, pero todos estaríamos de acuerdo en algo. No hay y nunca habrá otro profeta como Jesucristo.

Cuando pensamos en Cristo como Profeta podemos considerar:

No hay profeta como Él que conozca más a Dios.

No hay profeta como Él que haya hablado todo lo que Dios le había pedido profetizar.

No hay profeta como Él que haya sufrido tan profundamente.

No hay profeta como Él que será prosperado por todo lo que ha hecho.

El Justo Hecho Maldito

¿Qué tuvieron en común seis reyes paganos y perversos con nuestro Señor Jesucristo? Nada debería de ser la respuesta, pero en la Biblia, vemos que sí hay algo que comparten.

La ley de Dios para Israel indicaba en Deu. 21:22, 23 que habían ciertos casos en las que personas tenían que ser colgados en un madero. Al ser malditos, tenían que ser bajados del madero antes de la noche para que no se contaminara la tierra.

Esto mando hacer Josué con el rey de Hai (Jos. 8:29) y con cinco reyes que se habían escondido de él en una cueva en Maceda (Jos. 10:26, 27). No tenemos ningún problema en reconocer que ellos sí merecían eso y ser bajados para no contaminar la tierra por su pecado.

Pareciera que los Judíos quisieron cumplir esa misma ley con el Señor. Leemos en Jn. 19:31 "los judíos, por cuanto era la preparación de la pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo (pues aquel día de reposo era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí."

No tenemos ninguna duda de que nuestro Salvador no merecía ser puesto sobre un madero, ni que pudiese contaminar la tierra al no tener ningún pecado. Pero esa la ley de Moisés sí aplicó a Cristo por causa de nuestros pecados. Pablo escribió acerca de Cristo en Gál. 3:13 "hecho

por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)".

Tres “no” en Isaías 53

Isaías 53 nos hace llegar a las profundidades de los dolores de Cristo. De las muchas cosas que podemos aprender, quiero sencillamente mostrarle las cuatro veces que se repite la palabra: “no” en este capítulo.

“No hay parecer en él” (v. 2).

“No lo estimamos” (v. 3).

“No abrió su boca” (v. 7). Se repite dos veces.

Las primeras dos tienen que ver con lo que nosotros como seres humanos hicimos con el Señor. No encontramos atractivo en él y por lo tanto no lo apreciábamos por lo que él era. Ahora deseamos congregarnos para hacer memoria de su muerte y así alabarle.

La tercera es en relación a lo que él sufrió por nosotros. El cerdo aturde nuestros oídos cuando llora al ser matado. Tanto el cordero siendo llevado al matadero; como la oveja al ser trasquilada, guardan silencio. Así el Señor fue a la cruz y sufrió sobre la cruz en silencio.

El Espíritu de Dios nos guíe al llevar a cabo una vez más el Partimiento del pan, sabiendo que pudiera ser la última vez que la celebremos aquí al venir Cristo por su iglesia.

Cristo: Una vida de agradecimiento a Su Padre

Pablo le escribió a Timoteo: “Exhorto ante todo que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias” (1 Ti. 2:1). El Señor Jesucristo es el ejemplo perfecto de alguien que continuamente le ofrecía a Dios acciones de gracias. Veamos cómo daba gracias aún cuando era algo que le traería dolor.

“Alabaré yo el nombre de Dios con cántico, lo exaltaré con alabanza” (Sal. 69:30).

El Salmo 69 nos profetiza los sufrimientos de nuestro Salvador. En los versículos 1-21 leemos acerca del llanto de Cristo en su agonía; y en los versículos 22-36 es el canto de Cristo en alabanza a su Dios. (En el Salmo 22 encontramos lo mismo: primero sus dolores y después su alabanza). Llama la atención que después de haber sufrido el tormento de la cruz, Cristo alabó a su Padre ofreciéndole acciones de gracias.

“Tomando los siete panes y los peces, dio gracias” (Mt. 15:36).

“Tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió” (Jn. 6:11).

¿Qué habrá sido para los discípulos ver a Jesucristo realizar estos milagros? Unos cuantos peces y panes fueron multiplicados por su ilimitado poder para alimentar a miles de personas en un par de ocasiones. En las dos ocasiones, levantó su mirada al cielo y le dio gracias a Dios por el

alimento provisto. Es asombroso pensar que él pasó momentos de hambre y no multiplicó alimento para sí mismo como sí lo hizo para aquellas multitudes.

“Padre, gracias te doy por haberme oído” (Jn. 11:41).

Ahora vemos al Señor en un hogar donde abundaba la tristeza por causa de la muerte de Lázaro. Su muerte también causó dolor en el Señor, al grado de que él lloró. Otra vez vemos a Cristo darle a su Padre las gracias. Después de dar gracias resucita a Lázaro a través de su gran poder.

“Habiendo tomado la copa, dio gracias... tomó el pan y dio gracias” (Lc. 22:17, 19).

El Señor celebra la Pascua por última vez la noche antes de sufrir sobre la cruz. Sabiendo exactamente lo que le acontecería en unas pocas horas, tomó pan, que representaba su cuerpo que sería partido, y dio gracias. Tomó también una copa que representaba la sangre que derramaría y dio gracias.

Ciertamente no habrá alguien más como el Señor. Siempre ofreció a Dios acciones de gracias a pesar de que estuviese sufriendo.

Cordero Solitario

Mientras me siento a escribir estas palabras, escucho un sonido que transmite una gran tristeza. Puedo oír que desde el corral donde pasan la noche las ovejas, llora una corderita de 5 días de nacida que ayer quedó huérfana. En la oscuridad, busca a su mamá para que le de leche y para que se acueste junto a ella para darle calor en esta noche fresca. Quisimos que las otras ovejas que están criando la adoptaran y le dieran a mamar leche pero la cabecean. La han rechazado.

Me hizo pensar en otro cordero: el Cordero de Dios. Sigamos la indicación de Juan y veámoslo por fe. Él anunció: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). Lo vemos colgado sobre una cruz de vituperio, rechazo y vergüenza. La oscuridad cae sobre él y abandonado de su Dios, lo oímos clamar: “Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mr. 15:34). Y en esas tinieblas, rechazado y abandonado, sufrió la terrible agonía de llevar los pecados de todos nosotros.

Aquellos que le Adoraron

En el evangelio de Mateo se enfatiza la adoración a Jesucristo.

Los magos del oriente viajaron a Belén siguiendo una estrella para adorar al Señor. Cuando primero pasaron por Jerusalén, le dijeron a Herodes: “Su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarlo” (Mt. 2:2). Al llegar a Belén y al encontrar la casa de José y María, “vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron” (Mt. 2:11). Los magos mostraron su adoración al ofrecerle tres regalos: incienso, oro y mirra. Mañana tendremos la oportunidad de llegar a la Cena del Señor para ofrecerle algo a Cristo que salga de nuestro corazón en devoción a él. Llega preparado con una alabanza, una lectura de la Palabra o una oración.

En cinco ocasiones en el evangelio, se nos habla de personas que se postraron ante el Señor. El verbo postrarse es la misma palabra que se usa para hablar de adoración. Esto nos ayuda a entender lo que verdaderamente es la adoración. Muchas personas piensan que si no hay personas tocando instrumentos o cantando, no se puede adorar a Dios. En los siguientes ejemplos vamos a ver que adorar a Cristo es cuando nos doblegamos ante él y lo reconocemos por lo que él es.

Las personas que hicieron esto fueron: un leproso al pedir ser limpiado (Mt. 8:2), Jairo al pedir que resucitara a su hija (Mt. 9:18), la mujer Cananea al pedir sanidad para su hija (Mt. 15:25), el siervo al que se le perdonó una inmensa deuda (Mt. 18:26) y la madre de Juan y Jacobo (Mt. 20:20).

Al pensar en todo lo que Cristo hizo por nosotros en la cruz y cómo él nos ha sacado del pecado, nosotros también debemos hacer lo mismo que hicieron las personas ya mencionadas: humillarnos delante de él y rendirle toda nuestra adoración.

Ahora queremos pensar en los discípulos adorando al Señor. Después de haber pasado por aquella difícil experiencia de estar en una barca en el Lago de Galilea durante una tempestad, el Señor calmó las aguas y los vientos, y también salvó a Pedro de ahogarse. Al entrar Cristo y Pedro a la barca, Mateo nos dice que: “los que estaban en la barca vinieron y le adoraron” (Mt. 14:33). De igual manera, nosotros podemos adorar a nuestro Señor ya que él es quien calma las tempestades en nuestras vidas.

Antes de que ascendiera al cielo, el Señor fue adorado dos veces. Las mujeres que habían ido a la tumba vieron al Señor resucitado y ellas “abrazaron sus pies, y le adoraron” (Mt. 28:9). ¡Gracias a Dios que adoramos a un Cristo vivo! La última vez que Cristo fue adorado fue cuando se reunió con sus discípulos sobre el Monte de los Olivos para despedirse de ellos y darles sus últimas instrucciones. Mateo escribe que: “cuando le vieron, le adoraron” (Mt. 28:17). Adoremos a Cristo porque él es digno.

Es Necesario

“Es necesario” es una frase que el doctor Lucas repite en su evangelio al relatarnos la vida del Cristo.

El Señor vio la necesidad de:

1. Servir a Dios

“¿No sabías que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” Lc. 2:49

2. Anunciar el evangelio

“Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio”. Lc. 4:43

3. Padecer y resucitar

“Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas”. Lc. 9:22

“Primero es necesario que padezca mucho, y sea resucitado”. Lc. 17:25

“Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día”. Lc. 24:7

“¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” Lc. 24:26

“Fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase”. Lc. 24:46

4. Ir a Jerusalén para morir

“Es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén.” Lc. 13:33

5. Posar en casa de Zaqueo

“Zaqueo, date prisa, desciende, porque es necesario que pose yo en tu casa.” Lc. 19:5

6. Cumplir las profecías

“Es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito”. Lc. 22:37

“Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés”. Lc. 24:44

El Hijo de su Amor

“El amor nunca deja de ser” (1 Co. 13:8)

“El hijo de su amor” (Co. 1:13)

Dios nunca cambia ni tampoco su amor por nosotros. Las circunstancias adversas jamás contradicen el hecho de que Dios nos ama. Ésta también fue la experiencia de Jesucristo. Las palabras de Pablo a los Colosenses: “su amado hijo” también pueden ser traducidas: “el hijo de su amor”. Nunca habrá un amor entre un padre y un hijo como el que vemos entre Dios y nuestro Señor. Todo lo que experimentó Jesucristo nunca causó alguna variación en el amor que su Padre le tenía. Era el hijo de su amor cuando permitió que naciera en un ambiente de pobreza. Era el hijo de su amor cuando veía cómo las personas lo desechaban a lo largo de su vida. Era el hijo de su amor mientras Judas lo vendía, cuando el hombre buscaba culpar al Inocente y también al ser brutalmente torturado. Era el hijo de su amor al verlo caminar cargando su cruz al Gólgota y de igual manera al castigarlo con la inmensa carga de nuestros pecados. Su amor nunca deja de ser y con su hijo siempre fue así y siempre lo será. Lo amó hasta el final y lo amará eternamente. No hay hijo como él. Disfrutemos mañana al hacer memoria del hijo de su amor.

La Ofrenda de Jefté

Lamentable fue la condición de Israel durante los tiempos de los jueces. La desobediencia Dios la castigaba al permitir que naciones cananeas los oprimieran. Dios levantaba jueces quienes los liberaban. Uno de ellos fue un hombre llamado Jefté quien luchó contra los amonitas. En He. 11:32 se incluye a Jefté en la lista de aquellos que mostraron fe en Dios. Lo que él hizo con su hija, nos trae a la memoria lo que él Padre hizo con el Señor Jesucristo.

Antes de que Jefté peleará contra los amonitas, le prometió a Dios que si ganaban la batalla, le ofrecería en holocausto la primera persona con la que se encontrara en las puertas de su casa. Los Israelitas con la ayuda de Dios salieron victoriosos. Jefté al regresar a su casa en Mizpa se abatió e hizo duelo porque su única hija era la que salió a recibirlo. Al no poder retractarse de la promesa hecha a Dios, le dijo a su hija que tendría que ofrecérsela a Dios en holocausto. Su hija durante dos meses salió junto con sus compañeras a llorar su virginidad para que su padre cumpliera el voto hecho. Al terminar esos dos meses, regresó a su padre quien la ofreció a Dios y permaneció virgen el resto de su vida.

Estos hechos me hacen pensar en Dios y en cómo dio a su hijo por nosotros. Él sí tenía su mirada puesta en uno solo. No como Jefté quien prometió ofrecer al que se encontrara. El Padre únicamente veía a su hijo como el que podía venir a sufrir por nosotros. Así como la hija de Jefté aceptó lo decidido por su padre; aún más Jesucristo, quien se sujetó a la voluntad de su Padre, aún al tener que morir sobre un

madero. En el caso de la joven, fueron dos meses de duelo que hizo; en el caso de Jesucristo durante más de tres años fue el "Varón de dolores" y el experto en la tristeza según el profeta. La hija de Jefté se guardó por toda su vida pero vivió; más el Señor, como él nadie más puro pero él sí tuvo que dar su vida por nosotros. El costo de la libertad de Israel fue que la hija de Jefté fuese ofrecida en holocausto a Dios al no conocer varón; más el costo de la salvación de nuestro pecado fue la muerte de Cristo sobre la cruz.

Mañana al hacer memoria de Jesucristo, podemos darle gracias a Dios por haber ofrecido a su hijo. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Rom. 32). "El Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo" (1 Jn. 4:14).

Barba Arrancada

La barba era común entre los varones judíos. Habían leyes que trataban con plagas que salían en las barbas (Lv. 13 y 14). Al parecer no era obligatorio llevar una, pero se daba por hecho que todos las tenían, al prohibirse que se las arreglasen (Lv. 19:27; 21:5). Aarón, David, Amasa, Esdras tenían barba (1 Sam. 21:13; 2 Sam. 20:9; Sal. 133:2).

El quitarse la barba era algo vergonzoso. Dios habló de quitar barbas de los que iba a castigar por pecado (Is. 7:20; 15:2; Ez. 5:1). En 2 Sam. 10 y 1 Cr. 19 los amonitas rasuraron la mitad de las barbas de los soldados de David, lo cual los hizo sentirse “sumamente avergonzados” al grado de que se quedaron en Jericó hasta que les volviera a crecer.

Nuestro Señor sintió la vergüenza como judío de que perdiera su barba. Isaías escribió de él: “Ofrecí mi espalda a los que me herían, y mis mejillas a los que me arrancaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y salivazos” (50:6). No solamente sintió la humillación de que le removieran su barba y de que se la llenaran de saliva; sino también sintió el dolor intenso de que sus cabellos fueran arrancados de sus mejillas.

Menospreciado, Abominado y Desechado

El profeta Isaías en su libro nos presenta las glorias de Cristo y sus sufrimientos. Trae a nuestra atención su reino y su cruz. Nos describe su exaltación, pero también su humillación. Hay por lo menos tres adjetivos que el profeta emplea para hacernos entender algo de el rechazo que sintió el Señor que son: “menospreciado” (49:7), “abominado” (49:7) y “desechado” (53:3).

Una forma provechosa de estudiar la Biblia es al buscar el significado de palabras. Una sola palabra puede decirnos mucho. En este breve estudio no será la excepción.

En Isaías 49:7 leemos de él que fue el “menospreciado de alma”. Menospreciado significa: escarnecido, desestimado, desdeñado. Es también vilificar a alguien al no verle ningún valor. Este trato le hirió hasta lo más íntimo, dice que “de alma”.

En ese mismo versículo, Cristo es el “abominado de las naciones”. Abominado significa: aborrecer o detestar algo. Esta misma palabra es usada para hablar de lo mucho que Dios rechaza a las imágenes que son adoradas (Deu. 7:26) o cómo ve él a los que no aceptan su existencia (Sal. 14:1). Algo abominado es algo visto que es de lo peor. Cristo supo lo que era ser tratado como si fuera una abominación, una palabra muy fuerte. En este caso, abominado “de las naciones” lo cuál nos hace pensar en la magnitud del desprecio que experimentó.

Pasamos al último que vemos en Isaías 53:3 en donde dice de

Cristo que fue “desechado entre los hombres”. Nosotros desechamos basura o lo que no nos sirve. Esta palabra es sinónima de abandonar o desamparar. Este fue un sentir de Cristo “entre los hombres”. No fueron unos cuantos. La mayoría de las personas le desecharon.

Dios nos ayude a hacer memoria y de exaltar aquél que fue el “menospreciado”, “abominado” y “desechado”.

Siervo de Tiranos

Nunca podremos entender como Jesucristo quien es el “Señor de gloria” (1 Co. 2:8), aquí fue el el “siervo de los tiranos” (Is. 49:7). Hoy en día vemos los estragos que dejan los tiranos en distintas naciones por el poder absoluto que imponen. Pensar que el Señor se sujetó a hombres injustos, crueles y malvados.

Al ser preguntado sobre el pago de los impuestos, pidió: “Dad a César lo que es de César...” (Mr. 12:17). Permitió que los hombres del sumo sacerdote Caifás le escupieran, dieran de puñetazos y lo abofetearan. Guardó silencio ante las muchas preguntas de Pilato el gobernador al grado de que quedó “muy asombrado” (Mt. 27:14). Pablo escribió que Jesucristo “dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato” (1 Tm. 6:13). Lo mismo hizo con las preguntas llenas de violencia y de burla de Herodes. Esto resultó en que el Señor fuese humillado por él y sus soldados.

Sabiamente contestó a una pregunta hecha por Anás, pero uno de sus guardias le dio una cachetada. Bien resumió Isaías el comportamiento de Jesucristo ante los gobernantes que lo juzgaron. “Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (53:7). En Apocalipsis Cristo es el “testigo fiel” que cuando sí habló, siempre lo hizo pronunciando la verdad. Pedro escribió de él: “el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa

al que juzga justamente" (1 P. 2:22, 23). Ciertamente fue el "siervo de los tiranos". En Apocalipsis Cristo es el "testigo fiel" que cuando sí habló, siempre lo hizo pronunciando la verdad.

Viene el día cuando los tiranos a los que Cristo se sujetó, le reconocerán como el "Rey de Reyes y Señor de Señores". Será exaltado, puesto muy en alto y disfrutará de plena autoridad sobre todas las cosas por la eternidad.

En Medio

El Señor Jesucristo merece siempre un lugar central. En repetidas ocasiones en la Biblia lo encontramos “en medio”. A los 12 años de edad, lo vemos en el templo, “en medio de los doctores de la ley” (Lc. 2:46). En Jn. 8 lo encontramos “en medio” del grupo de acusadores que querían apedrear a la mujer. Aún en su muerte de humillación vemos su importancia al ser crucificado “en medio” de los dos malhechores (Jn. 19:18). Después de su resurrección, Cristo se le apareció a sus apóstoles dos veces en el aposento alto. Cuando lo hizo, se encontró “en medio” de los que estaban presentes (Jn. 20:19, 26). Algo parecido sucede cada vez que una de sus iglesias se reúnen en su nombre. Él promete que se hallará “en medio” de ellos (Mt. 18:20). En el cielo, donde habrán millones de millones presentes, y habrán personas de renombre y ángeles de mucha dignidad; nadie se podrá igual a Cristo, quien estará sentado en su trono “en medio” de todos nosotros (Ap. 5:6; 7:17).

Visión de Cristo en Gloria (Parte 1)

Un Domingo, siendo el día del Señor, Juan el apóstol vio a Cristo en toda su gloria en el cielo. Hagamos una comparación entre lo que Juan vio en Apocalipsis 1 con lo que vemos en Cristo en el día de su crucifixión.

Juan vio a Cristo “en medio de los siete candeleros” (Ap. 1:13). Nos muestra la autoridad y el señorío que tiene sobre cada una de las iglesias. En el día de su muerte, lo vemos también en medio pero de dos malhechores que fueron puestos junto a él (Mr. 15:28; Isa. 53:12) que lo hacían ver cómo si él también fuese un criminal.

En la gloria, Juan observó que el Señor Jesucristo estaba “vestido de una ropa que llegaba hasta los pies” (Ap. 1:13). En los evangelios lo vemos desnudado en dos ocasiones: en el pretorio ante cientos de soldados (Mt. 27:28) y sobre el Gólgota antes de ser crucificado (Jn. 19:23, 24). Piensa en la vergüenza que eso le habrá provocado.

Juan vio que en el cielo, su Salvador estaba “ceñido por el pecho con un cinto de oro” (Ap. 1:13). El cinto en la Biblia nos habla de servicio. Durante su servicio aquí en la tierra, también sirvió usando un cinto. En el aposento alto, la noche antes de morir, se ceñó con una toalla y se postró ante los pies de sus criaturas y seguidores para lavarles los pies (Jn. 13).

En el cielo la cabeza y el cabello de Cristo “son blancos como blanca lana, como nieve” (Ap. 1:14). Nos hace pensar en su

pureza y sabiduría. En la tierra su cabeza llevó una corona de espinas entretejida que fue hendida en su sien con los golpes que le dieron (Mt. 27:29).

“Sus ojos como llama de fuego” (Ap. 1:14) nos hace ver que él todo lo escudriña, nada puede ser ocultado delante de él. Sobre la cruz, aquellos ojos fueron cerrados cuando él inclinó su rostro y entregó el espíritu (Jn. 19:30) al dar su vida por nosotros.

La próxima semana, si Dios permite, veremos las otras 5 descripciones que Juan da de lo que vio en el Señor.

Visión de Cristo en Gloria (Parte 2)

Volvemos a levantar la mirada junto con Juan, el discípulo amado, para contemplar a nuestro Amado en la gloria, y a la misma vez contrastarlo con lo que vemos en él aquí en la tierra en el día de su muerte.

Notábamos la semana pasada que Juan describe diez cosas que él ve en el Señor en el primer capítulo del Apocalipsis. Habiendo ya examinado las primeras cinco, consideremos las otras cinco.

Bajamos la mirada y vemos sus pies. Juan dice que sus pies son como el bronce que brilla y es cocido como en un horno (Ap. 1:15). Son pies que muestran que tienen la autoridad para juzgar todo pecado. Esos mismos pies se empolvieron al caminar haciendo el bien a todos en los caminos en pueblos, aldeas y ciudades en Israel. Son los pies que un día fueron ungidos por aquella mujer que entre más pensaba en el perdón de todos su pecados, más amaba a su Señor. También son los mismos pies que un día fueron clavados brutalmente a un tosco madero. Jesucristo le dijo a sus discípulos y nos dice a nosotros: “Mirad mis manos y mis pies” (Lc. 21:24).

Conmueve nuestras entrañas pensar que un día vamos a oír la voz de nuestro Salvador. Muy pronto oiremos hablar aquel de quién la gracia se derrama de sus labios (Sal. 45:2). Juan dice que escucha la voz de Cristo como “estruendo de muchas aguas” (Ap. 1:15). Nadie tiene la autoridad en su palabra como Cristo la tiene. Habló y fueron creadas todas las cosas. Habló y fue calmada la gran tempestad. Habló y

Lázaro fue resucitado. En un día venidero, hablará y el mundo en silencio tendrá que reconocerlo como el Señor de todo. ¡Qué contraste oír sus palabras al estar sufriendo vicariamente por nosotros los pecadores! Sus palabras son palabras de dolor profundo. Exclama: “Tengo sed”. Pregunta: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamorado?”. A pesar de todo su sufrimiento, mientras hombres lo clavan a una cruz, en misericordia declara: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.

Juan ve la mano derecha de Cristo y nota que en su mano hay siete ángeles (Ap. 1:16). Algunos quieren decirnos que Cristo es un ángel. ¡Blasfemia! Cristo es infinita mente superior a ellos. Él mismo los creó, él les ordena, él los tiene bajo su poder al llevarles en su mano derecha. Mira las manos de Cristo al estar acá entre los hombres.

Observamos que es todo lo contrario cuando estaba sobre la cruz. David nos dice mil años antes de que naciera que sus manos iban a ser manos horadadas (Sal. 22:16). Manos que ayudaron, sanaron, multiplicaron, ahora son severamente heridas al ser clavadas a una cruz con clavos.

Una vez más miramos la boca del Señor, pero ahora notamos qué hay una espada aguda de dos filos que sale de ella (Ap. 1:16). Sabemos que la espada representa la palabra del Señor y el poder que tiene (Ef. 6:17; Heb. 4:12, 13). ¿Qué oímos salir de la boca de Cristo antes de ir a la cruz? Silencio. Isaías lo describe como un cordero cuando es llevado al matadero (Isa. 53:6). En silencio, sujeto a su Padre, sufrió por ti y por mí.

La décima cosa que Juan aprecia de Cristo es su rostro. Increíble que a Juan se le da el inmenso privilegio de mirar el rostro del Señor del cielo. Juan dice que su rostro es “como el sol cuando resplandece en su fuerza” (Ap. 1:16). Lo mismo vieron Jacobo, Juan, Pedro, Elías y Moisés cuando el Señor mostró su gloria sobre un monte. Mateo escribe que

“resplandeció su rostro como el sol” (Mt. 17:2). Vemos su rostro en el día de la crucifixión y vemos un rostro que había perdido su parecer y la apariencia de un ser humano (Isa. 52:14). Un día vamos a ver ese rostro. Al final del Apocalipsis Juan escribe: “verán su rostro” (22:4).

La gloria sea para aquel que sufrió y para aquel que reinará en toda su hermosura por los siglos de los siglos.

Ropas del Cristo

1. Ropas de pobreza

“Dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre.” (Lc. 2:7)

2. Ropas de pureza

“Alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino.” (Dn. 10:5)

3. Ropas de escarnio

“Desnudándole, le echaron encima un manto de escarlata.” (Mt. 27:28)

4. Ropas de discrepancia

“Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será.”

(Jn. 19:23, 24)

5. Ropas de honor

“En su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores.” (Ap. 19:16)

6. Ropas de fragancia

“Mirra, áloe y casia exhalan todos tus vestidos; Desde palacios de marfil te recrean.” (Sal. 45:8)

Cordero de Dios

Cristo como el Cordero de Dios:

1. El Cordero prometido (Gn. 22:8)
2. El Cordero pascual (Éx. 12:21)
3. El Cordero expiatorio (Lv. 14:24)
4. El Cordero en el matadero (Isa. 53:7)
5. El Cordero señalado (Jn. 1:29)
6. El Cordero perfecto (1 Pe. 1:19)
7. El Cordero inmolado (Ap. 13:8)

Cristo en Cantar de los Cantares

En Cantar de los Cantares Cristo es:

1. El amante

Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma (1:7)

2. El Amado

¿Qué es tu amado más que otro amado, Oh la más hermosa de todas las mujeres?
(5:9)

3. El deseado

Todo él codiciable. (5:16)

4. El complacido

Conmigo tiene su contentamiento. (7:10)

Cordero de Dios en Apocalipsis

Ninguno de nosotros utilizaríamos un cordero para describir al triunfante y poderoso Señor Jesucristo sentado en su trono de gloria allá en la majestad de los cielos. Juan sí lo describe de esa manera en el Apocalipsis y lo hace en casi 30 ocasiones. Nos debe asombrar que Jesucristo aún allá se identifica como el Cordero, que realmente es la palabra corderito. Es incalculable la humildad de Jesucristo y su deseo de siempre relacionarse con la muerte de la cruz por nosotros los pecadores.

En el Apocalipsis Cristo es el Cordero:

1. Inmolado (5:6; 13:8)
2. Glorificado (5:8, 12, 13)
3. Exaltado (7:9, 10)
4. Redentor (7:14)
5. Pastor (7:17)
6. Líder (14:4)
7. Señor de señores y Rey de Señores (17:14)
8. Acompañado (19:7)

Al Cordero de Dios sea la gloria y la honra.

Los Premios Eternos de la Cruz

Isaías 52:13-53:12 comienza hablándonos del futuro eterno que le espera a Cristo, después nos describe sus experiencias aquí en la tierra y termina otra vez llevándonos a ver su porvenir glorioso.

En los versículos 13-15 del capítulo 52, el profeta nos describe lo que el Señor disfrutará como resultados de su obra vicaria realizada sobre una cruz. Gozará de ser prosperado, engrandecido, exaltado y puesto muy en alto (v. 13). Isaías relata cómo aquel que fue desfigurado cruelmente (v. 14), será el asombro de las naciones y los reyes poderosos tendrán que cerrar ante él la boca al ver su grandeza (v. 15).

En los versículos 1-9 del capítulo 53 el enfoque es principalmente en la vida, juicio, muerte y sepultura del Señor Jesucristo. Es tan obvio que Isaías está escribiendo sobre el Mesías que ya vino, que los judíos prohíben la lectura de este precioso pasaje en sus sinagogas junto con el Salmo 22. No puede estar escribiendo sobre Israel como intentan explicar. Israel puede sufrir por su propia desobediencia, más no puede padecer por los pecados de otros, como sí lo hizo Cristo por nosotros, según este majestuoso capítulo en la Biblia.

En los versículos 1-4 aprendemos sobre la vida del Señor. Lo vemos como el Predicador ignorado y rechazado (v. 1). Se nos da la perspectiva de menosprecio que tuvo el hombre de Cristo al verlo como una planta tierna y como una raíz de una tierra seca sin ninguna hermosura o atractivo (v. 2). El profeta nos describe vívidamente sobre aquel que fue

despreciado, desechado; al grado de convertirse en el varón de los muchos dolores y el experto en el quebrantamiento (v. 3). Se nos presenta también a Cristo como el Sanador que anduvo recorriendo las ciudades y las aldeas incansablemente para llevar las enfermedades y sufrir los dolores de todos aquellos tenían dolencias para poder darles sanidad (v. 4).

En los versículos 5-6 Isaías nos presenta al Cristo sufriente. Él va más allá de lo que Cristo sufrió a manos de los hombres y nos dice los padecimientos que recibió por parte de Dios. No comprendemos lo que fue para él ser herido, molido, castigado y llagado por causa de nuestras rebeliones y pecados (v. 5). Aprendemos que sobre ese madero, Dios cargó sobre su Cristo la inmensa carga de pecados de toda la humanidad, de todos los tiempos (v. 6).

En los versículos 7-8 leemos sobre el juicio injusto del Justo. Desde muy temprano en la mañana fue juzgado por varias personas en donde le angustiaron y le afligieron, más él guardó silencio como un cordero que es llevado al matadero o como una oveja cuando es trasquilada (v. 7). Después de ser detenido en el Getsemaní y antes de ser juzgado, pasó la noche en una celda en aquella noche fría y en su juicio no se le hizo justicia (v-8).

En el versículo 9 encontramos su sepultura. Los Romanos dispusieron enterrarlo en una fosa común, más Dios no lo permitió, sino que puso en el corazón de dos hombres ricos, José y Nicodemo, de darle una sepultura digna a nuestro Señor.

En los versículos 10-12 volvemos a contemplar la eternidad que le espera al glorioso Señor por haber llevado a cabo la obra de la cruz. Verá su innumerable descendencia, vivirá por largos días y la mano de Jehová será en su mano prosperada, porque todos sus propósitos se cumplirán por causa de todo lo hecho por Cristo (v. 10). Cuando todos

hayamos llegado a la gloria, nos mirará a nosotros, que somos el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho al ver a todos los esclavos que su sangre derramada pudo comprar (v. 11). El rechazado y menospreciado, tendrá parte con los grandes y con los fuertes repartirá los despojos después de la gran batalla conquistada (v. 12). El que más sufrió, será el que más sea recompensado por su Dios.

¿Justicia?, Ni en su Resurrección

Es muy claro que al Señor no se le hizo justicia en su muerte (Isa. 53:8; Hch. 8:33), pero tampoco se le brindó eso en su resurrección. Mientras Dios y sus ángeles se gozaban en ver que Cristo concluyó la obra sobre la cruz y que habría de resucitar victoriosamente, el hombre siguió tratándole injustamente. Aún sus discípulos, en cierta manera, no le dieron la importancia que debieron haberle dado.

En su sepultura, únicamente estuvieron presentes: José, Nicodemo (Jn. 19:38, 39) y el grupo de mujeres que habían seguido al Señor desde Galilea (Lc. 23:53). Es digno notar que hubieron más mujeres que hombres presentes. Gracias a Dios por mujeres devotas a Cristo. Los velorios de reyes en esos tiempos duraban semanas o meses, miles de personas se presentaban y mucho se gastaba para darle una sepultura lujosa a los que les habían reinado. En el caso del Señor, la sepultura fue sencilla, breve y muy pocos los presentes. ¿Dónde estaban sus apóstoles? ¿Dónde estaban las decenas de discípulos que tenía? ¿Dónde estaban todos aquellos quienes habían sido sanados y sus pecados habían sido perdonados por él? Lo habían abandonado y huyeron de él cuando fue arrestado en el Getsemaní (Mt. 26:56).

Al haber resucitado, vemos que sus discípulos siguieron sin honrarle como debieron haber hecho. Las mujeres mostraron mucha devoción, pero a la vez vemos que no entendieron que él había de resucitar al tercer día tal y como él se los había dicho. Le llevaron especias aromáticas cuando ya había resucitado (Lc. 24:1). Los ángeles les preguntaron:

“¿Por qué buscan entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado.” (Lc. 24:5, 6). Ellos les tuvieron que recordar a las mujeres que el Señor ya se los había dicho que así sería, y fue entonces que ellas se acordaron (Lc. 24:7). Pero, ¿por qué los apóstoles y discípulos no estaban presentes en la tumba o buscando al Señor? Cuando las mujeres fueron a avisarles que había resucitado, “a ellos estas palabras les parecieron como disparates, y no las creyeron.” (Lc. 24:11). Pedro y Juan no creyeron que era cierto hasta que fueron al sepulcro y vieron que estaba vacía, porque no habían entendido lo que les había dicho el Señor en más de una ocasión en cuanto a su resurrección (Jn. 20:8, 9). Después de que 10 apóstoles vieron al Señor cuando se les apareció en el aposento alto, Tomas quien no había estado presente, lleno de incredulidad dijo: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto el dedo en el lugar de los clavos, y pongo la mano en su costado, no creeré.” (Jn. 20:25)

En la sepultura y resurrección de Jesucristo, los Romanos y los Judíos continuaron tratándolo con desdén y menosprecio. Los Judíos hablando con Pilato, llamaron al Señor “engañador” (Mt. 27:63) al hacer mención de que aquel que era la Verdad- había mentido al haber dicho que resucitaría al tercer día. Decidieron que tenían que asegurar la tumba (que ya tenía una guardia de soldados) para que los discípulos no robasen el cuerpo del Señor y así no fuese el último engaño supuesto de Cristo “peor que el primero” (Mt. 27:64). En su juicio, sobre la cruz y al resucitar, fue tratado como un mentiroso.

Cristo había tenido que soportar la vergüenza de ser vendido como si fuese un objeto, cuando Judas lo negoció en 30 piezas de plata. Quizás también sobornaron a los que dieron falso testimonio de él durante su juicio para tratar de encontrar algo en su intachable persona. En su resurrección también vemos que hubieron manejos ilícitos de dineros en contra de su persona. Después de que nuestro Salvador venció la muerte, los Judíos principales sobornaron a los

soldados para que mintiesen y dijese que los discípulos se habían llevado su cuerpo (Mt. 28:11-15). Dinero sucio en su arresto, dinero sucio en su juicio y dinero sucio en su resurrección.

Pensemos en aquel que amaba la justicia, en su muerte y en su resurrección, no se le hizo justicia.

Ningún Rey, como este Rey

La primera pregunta hecha en el Nuevo Testamento fue: "¿Dónde está el rey de los judíos?" (Mt. 2:2). La hicieron los magos que viajaron a Jerusalén. Ansiaban postrarse ante el Hijo de Dios para adorarle.

Tristemente esto no ha sido lo que ha mostrado la humanidad a través de los tiempos. El hombre ha hecho muy claro que no anhela ponerse debajo del señorío de Cristo. Lo que Cristo contó en una parábola, en cuanto a lo que dijeron los conciudadanos del siervo de un rey, puede aplicarse a la actitud mostrada de el hombre hacia el Señor. Dijeron: "No queremos que éste reine sobre nosotros" (Lc. 19:14).

Después de que la multitud exigió a Pilato la muerte por crucifixión para el Señor, él les preguntó: "¿A vuestro rey he de crucificar?". La respuesta fue tajante: "No tenemos más rey que César" (Jn. 19:15). El rechazo también fue manifestado muy claramente cuando pusieron sobre su cabeza una inscripción que decía: "Este es el Rey de los Judíos" (Lc. 23:38).

Grande fue el rechazo de éste Rey; pero mayor es la grandeza y el dominio que Dios le ha dado y le dará en un día venidero. Consideremos todo sobre lo cuál el Señor reina en la siguiente lista:

1. Rey de Salem o Jerusalén (Gn. 14:18)
2. Rey de justicia (He. 7:2)

3. Rey de los Judíos (Mt. 27:37)
4. Rey de gloria (Sal. 24:7)
5. Rey de Jacob (Isa. 41:21)
6. Rey de Israel (Isa. 44:6)
7. Rey de las naciones (Jer. 10:7)
8. Rey de los santos (Ap. 15:3)
9. Rey de Reyes (1 Tim. 6:15; Ap. 19:16)

Lo único que podemos hacer nosotros, aquellos que hemos sido redimidos por la sangre valiosa del Rey, es adorarle en nuestras vidas y de hacer memoria de sus dolores.

Se Entregó Hasta más no Poder

Jacob derramó aceite sobre una piedra que utilizó como almohada al hacer un compromiso de seguir a Dios (Gn. 28:18). Tiempo después, cuando Dios le había hecho grandes promesas acerca de cómo sería bendecido, en gratitud hizo un pilar de piedra sobre el cual derramó aceite (Gn. 35:14).

En el pueblo de Israel, derramaban la sangre sobrante del animal sobre el pie del altar (Lv. 9:9). De igual manera, una de las ofrendas que entregaban a Dios era la libación (Éx. 29:40; Lv. 23:13; Nm. 6:15) en la cual vino era derramado sobre el sacrificio que era consagrado a Dios.

Hubieron muchos que utilizaron la idea de derramar algo al representar el deseo que tenían de entregarse enteramente a Dios. David lo hizo con el agua que le trajeron de Belén (2 Sam. 23:16, 17). El salmista, al considerar todo lo que sufría, escribió en su cántico: "derramo mi alma dentro de mí" (Sal. 42:4). El profeta Jeremías, al ver la devastación en Israel, por causa de su desobediencia, describe en Lm. 2:11 su angustia al escribir: "Mis ojos se consumen por las lágrimas, hierven mis entrañas; Mi hiel se derrama por tierra, a causa de la destrucción de la hija de mi pueblo." Pablo podía ver que estaba más y más cerca a la muerte por causa del evangelio, y al escribir a los Filipenses, menciona la posibilidad de tener que derramar su vida como libación (Fil. 2:17).

Muchos se han entregado a Dios, y aún varios lo siguen haciendo en nuestros tiempos para su honra y gloria; sin embargo, nadie puede igualar la entrega mostrada por

Cristo a su Dios, en las circunstancias más adversas posibles. La simbología de la libación siendo derramada es también empleada en cuanto al Señor. Clavado a la cruz, él dijo: "Soy derramado como agua" (Sal. 22:14). El profeta Isaías, predijo de él: "derramó su vida hasta la muerte" (Isa. 53:12).

Mañana al reunirnos a hacer memoria de aquél que se derramó completamente por nosotros a Dios sobre un madero, seamos como aquella mujer que se postró a sus pies, y derramó sobre él todo el perfume valioso que llevaba en su alabastro (Mt. 26:7)

Cuevas

Abundan en Israel. Servían al soldado para refugiarse del enemigo y al ladrón para esconderse después de que había robado. Éstos lugares solitarios y oscuros que producen temor, nos pueden enseñar cosas sobre nuestro Señor.

La cueva del reconocimiento (1 Sam. 22:1-2)

David huía del rey Saúl quien buscaba matarlo. Tuvo que entrar a una cueva llamada Adulam para guardar su vida que corría peligro. Llama la atención que unos 400 hombres decidieron también ir a esta cueva para estar con David. Fueron sus familiares y también los que estaban afligidos, endeudados y en amargura de espíritu. Le habrá conmovido cuando en aquel lugar y en esas circunstancias de su vida, todos esos hombres lo reconocieron como jefe.

Nosotros podemos relacionarnos con todos aquellos hombres en la condición en la que se encontraban cuando fueron a David. El pecado nos había dejado a nosotros afligidos, endeudados y en amargura de espíritu hasta que creímos en el Salvador. Todo cambió. Lo hicieron jefe de todos ellos, nosotros hemos reconocido que Cristo es el Señor de nuestras vidas. Aquellos hombres quisieron estar donde estaba David, aún cuando él era rechazado y era una cueva donde estaba.

Nosotros mañana deseamos estar con nuestro Señor, sin

importar que implique rechazo, para hacer memoria de su muerte.

La cueva de ladrones (Mr. 11:15-19)

Después de que el Señor entró a Jerusalén montando un pollino con lágrimas en sus mejillas, se dirigió al templo donde vio algo que le causó una gran indignación. Vio cómo los hombres habían convertido el templo en un mercado para poder enriquecerse. Extorsionaban a los que iban al templo a ofrecer algo a Dios al vender animales a un precio muy alto o al cambiar dinero a un precio muy bajo. El Señor al sacarlos a todos ellos, preguntó: “¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones” (Mr. 11:17). Algo parecido preguntó el profeta Jeremías cuando vio lo que hacía el pueblo de Dios con el templo en sus tiempos (Jer. 7:11). El Señor Jesucristo, cuando era atacada su persona, guardaba silencio; pero cuando la casa de su Padre fue afrentada, él sí hizo algo para defender la gloria de su Padre. Los líderes religiosos se enfurecieron con este acto y buscaron la manera de crucificarle.

La cueva de lágrimas (Jn. 11:1-44)

Leer sobre Cristo llorando ante la tumba de Lázaro siempre nos conmueve. El Señor amaba a Lázaro (vv. 3, 5, 36) y lo consideraba como su amigo (v. 11). Supo que estaba enfermo y no fue a sanarlo. Fue hasta después que había muerto. Él nos da la razón de todo esto. Por encima del bienestar de Lázaro, María y Marta estaba la gloria de Dios (v. 4). Quizás tú llegas al Partimiento del pan con alguna carga, alguna tristeza y les has pedido al Señor que cambie tus circunstancias y no lo ha hecho. Recuerda lo que hizo el Señor. Al llegar a Betania y al ver a María llorando, “se estremeció en espíritu y se conmovió” (v. 33). Al ser llevado a la tumba donde había sido sepultado Lázaro “Jesús

lloró" (v. 35). Al ir una segunda vez a la "cueva" antes de resucitarlo, se volvió a conmover (v. 38). Sin duda, él es el "varón de dolores, experimentado en quebranto" (Isa. 53:3). El Señor quien sufrió por nuestros pecados, es el que nos consuela y acompaña en nuestras tribulaciones.

La cueva de los colgados (Jos. 10:1-27)

Josué ayudado por Dios, hirió cinco reyes de los amorreos, que se habían escondido en una cueva en Maceda al querer atacar a Israel, y los hizo ser colgados en cinco maderos hasta antes de que se pusiera el sol. Al ser bajados, fueron puestos sus cuerpos en la cueva. Seguramente fueron bajados de los maderos antes de que anocheciera en cumplimiento de la ley de Dios en De. 21:23- "no dejaréis que su cuerpo pase la noche sobre el madero; sin falta lo enterrarás el mismo día, porque maldito por Dios es el colgado; y no contaminarás tu tierra que Jehová tu Dios te da por heredad." Nos conmueve pensar que todo lo que le sucedió a esos reyes paganos, también le aconteció al Señor. Fue colgado sobre un madero y fue bajado antes de que se pusiera el sol para ser sepultado en una cueva nueva porque había sido hecho maldito por nuestros pecados.

El Cristo Observado

Observado en gloria

La tierra estará hundida en tinieblas al final de la tribulación por los juicios que serán arrojados sobre la tierra, cuando nuestro Señor vendrá con todo el resplandor de su gloria. Nosotros vendremos con él, pero los que estén aquí sobre la tierra lo observarán bajar en esa luz radiante. “Aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mt. 24:30). Juan describe lo mismo sobre la isla de Patmos: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él” (Ap. 1:7). Ellos lo verán, pero lamentarán porque vendrá como Juez; nosotros en el cielo observaremos al que dio su vida por nosotros, pero nosotros lo adoraremos. “Verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes.” (Ap. 22:4). Muy pronto observaremos a Cristo en toda su gloria.

Observado en burla

Muchos observaron a Cristo sobre aquella cruz. Aparte de Juan y de las mujeres, todos al mirarle permitieron que el enojo, el desprecio y la burla hacia Cristo entrara en sus corazones. Los soldados satisfechos al haber llevado a cabo la muerte más cruel para Cristo, Mateo nos dice que “sentados le guardaban allí” (Mt. 27:36). Lo observaron resguardándole de forma burlesca como si Cristo fuese

capaz de escapar de la muerte de la cruz y no sufrir por nosotros.

Observado en reprobación

En tres ocasiones Lucas menciona a Cristo siendo visto utilizando la misma palabra. Los Fariseos lo miraron para ver si iba a sanar al hombre con la mano seca un día de reposo (Lc. 6:7). También un día de reposo los líderes religiosos acechaban a Cristo para ver si sanaba al hombre que padecía de hidropesía que es la acumulación anormal de líquido (Lc. 14:1). En la tercera ocasión, actuaron con más bajeza porque Lucas nos dice que “acechándole enviaron espías que se simulasen justos, a fin de sorprenderle en alguna palabra, para entregarle al poder y autoridad del gobernador” (Lc. 20:20). Con odio el hombre observó a Cristo y lo hicieron con absoluta reprobación.

Puertas

A mi esposa le agrada tomar fotos de puertas antiguas, detalladas y hermosamente pintadas. Dios muestra un interés muy particular en puertas y nos habla de ellas en toda su palabra. La Biblia comienza hablando de la puerta del paraíso y termina describiendo las puertas de la ciudad celestial. Las puertas, a parte de ser llamativas a la vista, tienen un significado espiritual. Hagamos un recorrido y contemplemos puertas que se relacionan con el Señor Jesucristo quien es la puerta al cielo (Jn. 10:9).

Puerta de la redención

En la primera Pascua celebrada en Egipto, la sangre del cordero tenía que ser aplicada a los postes y al dintel de las puertas de cada hogar para evitar la muerte de los primogénitos (Éx. 12:7). La puerta manchada en sangre, nos hace pensar en el valor y en el poder de la sangre de Jesucristo que nos ha limpiado de todo pecado (1 Jn. 1:7) para que Dios nos pudiera comprar.

Puerta de la devoción

El siervo Hebreo al decidir permanecer en la casa de su amo para seguir sirviéndole, era llevado a la puerta de la ciudad y su oreja era horadada (Éx. 21:6). La marca en la oreja y sobre la puerta, le recordaba al siervo la decisión que había tomado de serle fiel a su amo. Esa misma sujeción, obediencia y devoción, Cristo la mostró como ningún otro a su Padre.

Puerta de la consagración

Cuando los sacerdotes eran preparados para comenzar su ministerio en el tabernáculo y ser consagrados al servicio de Dios, uno de los requisitos era que se tenían que quedar dentro de sus puertas durante 7 días (Lv. 8:33). El judío que decidía entregarse a Dios a través del voto del nazareno era llevado a la puerta del tabernáculo (Nm. 6:18). Esta puerta nos hace meditar en el Señor “el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (He. 9:14).

Puerta del reconocimiento

La misma ciudad que rechazó a Cristo y lo colgó en un madero en las afueras de Jerusalén, será la misma ciudad que un día lo reconocerá como el Rey de gloria. “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, Y alzaos vosotras, puertas eternas, Y entrará el Rey de gloria” (Sal. 24:7, 9).

Puerta del escarnio

Los jueces se sentaban por las puertas de las ciudades. Ellos hablaron mal de Cristo al verle pasar. Los borrachos se sentaban también cerca de la puerta. Ellos también se burlaron del Señor en sus canciones. Cristo dice en Sal. 69:12- “Hablaban contra mí los que se sentaban a la puerta, Y me zaherían en sus canciones los bebedores.” Fue escarnecido por los más importantes pero también por los más bajos de la sociedad.

Puerta de la negación

Mientras Cristo era maltratado dentro de la casa de Anás, Pedro su discípulo estaba afuera en el patio cerca de la puerta (Jn. 18:16). El Señor ya sufría mucha humillación pero ahora iba a sentir la amargura y el dolor de ser negado por Pedro en 3 ocasiones. Cristo lo había amado, le había

enseñado muchas cosas y ahora estaba siendo negado por él mismo.

Puerta del rechazo

No hubo lugar para que Cristo naciese en el mesón en Belén. Tampoco hubo lugar para que él muriese dentro de la ciudad de Jerusalén. Herido y ensangrentado, tuvo que cargar su cruz hasta las afueras de la ciudad y ser allí crucificado y levantado sobre la tierra. “Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta” (He. 13:12). Cuando Cristo salió por esa puerta, sintió el rechazo de toda una ciudad y de todo el mundo que había sentenciado su muerte sobre la cruz.

El Cristo Superior

Cristo es el Primogénito de todas las cosas. Esta posición que Dios le ha dado a su Hijo para exaltarlo, ha sido malentendido por muchos para degradarlo al comprobar a través de esto que Cristo no es el Dios eterno. Cuando la Biblia dice de que Cristo es el Primogénito, no se está refiriendo a algo que tiene que ver con una secuencia cronológica al ser el primero en hacer algo, sino que se le está posicionando en un lugar de plena preeminencia sobre distintas cosas mencionadas.

Podemos tomar como ejemplo a David. Fue el hijo menor de siete hijos que engendró Isaí, mas sin embargo, la Biblia lo llama primogénito en Sal. 89:27- "Yo también le pondré por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra." No fue el primero en nacer en su familia, ni tampoco fue el primer rey sobre la tierra, pero sí gozó de una posición de importancia por encima de sus seis hermanos y sobre todos los reyes de la tierra.

Hay una sola excepción a lo mencionado, y es cuando se nos habla de que Cristo fue el hijo primogénito de María (Mt. 1:25; Lc. 2:7). En ese caso, sí es el hecho de que él fue el primer hijo que ella tuvo. Pero vamos a ver en los siguientes casos, que al hablar de él como el Primogénito, se está hablando de su superioridad y grandeza sobre todas las cosas.

La Palabra de Dios nos presenta la supremacía de Cristo al señalarnos a él como Primogénito de las siguientes cosas:

- Primogénito entre muchos hermanos (Ro. 8:29)
- Primogénito de toda creación (Co. 1:15)
- Primogénito de entre los muertos (Co. 1:18)
- Primogénito en el mundo (He. 1:16)
- Primogénito de los muertos (Ap. 1:5)

Esto no implica que, por ejemplo, Cristo haya sido el primero en ser creado o que haya sido el primero en haber resucitado de entre los muertos. Cristo siendo Dios, jamás fue creado, y muchos otros resucitaron antes de que él lo hiciera. Cristo como Primogénito nos muestra que es superior a todos los hermanos, es el más exaltado en toda la creación, y en todo el mundo, y es infinitamente más grande que todos los que han resucitado. ¡La gloria sea para el Cristo superior!

Dio Gracias

El ser agradecido es una cualidad que agrada a Dios. Es común que las circunstancias de la vida nos nublen la vista para no ver las bendiciones que Dios manda. Esto nunca sucedió en el caso de Jesucristo. No importó en que situación se encontraba, siempre fue agradecido con su Padre.

Dio gracias por las provisiones de Dios

En dos ocasiones milagrosamente multiplicó panes y peces para alimentar a numerosas multitudes. Las personas tenían hambre, era ya tarde y no tenían donde conseguir alimentos. Cristo fue el único que podía satisfacer la necesidad de todas esas personas. En ambos casos, el Señor tomó los alimentos y le dio gracias a Dios (Mt. 15:36; Jn. 6:11). Mostró confianza y también agradecimiento a Dios por lo que él estaba proveyendo. Cristo es el mejor ejemplo de alguien que vivió una vida en completa dependencia en Dios.

Dio gracias por haber sido oído por Dios

La escena es conmovedora. María y Marta lloran la muerte de su hermano, lo que conmueve a Cristo profundamente y también derrama lágrimas junto con ellas. El Señor pide que le lleven a donde está sepultado Lázaro. Al haber sido removida la piedra y antes de que Cristo resucitara a su amigo, alzó su voz al cielo y dijo: "Padre, gracias te doy por haberme oído" (Jn. 11:41). Cristo se estaba gozando de que Dios siempre oía sus oraciones.

Hubo una ocasión en la que su oración no fue escuchada. Hace dos mil años, colgado sobre la cruz, rodeado de densas tinieblas, exclamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Sal. 22:1). El silencio de Dios fue la respuesta.

Dio gracias por sus dolores

Antes de ir a la cruz, Cristo junto con sus discípulos, tomó un pan y una copa y le dio gracias a Dios por amabas cosas (Lc. 22:17, 19). Dio gracias por el pan, que representaba su cuerpo que sería partido. Dio gracias por la copa, que representaba su sangre que iba a derramar. Sabiendo todo el sufrimiento que iba a tener que soportar y aún así dio gracias.

¡Qué ejemplo es para nosotros nuestro Señor! Vivió siempre agradecido con su Padre. Solo nos queda decir con Pablo: “¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Co. 9:15)

Los Huesos del Mejor de Médicos

Una cosa es que un médico atienda a un paciente por una lesión en uno de sus huesos y otra que el médico mismo sufra una lesión y necesite ser atendido por otro.

El Señor Jesucristo habrá sanado a personas que tuvieron desperfectos en sus huesos. El dolor punzante de un hueso roto o dislocado, aliviado en un instante con un solo toque del médico perfecto que podía sanar toda enfermedad. Cristo era el que buscaba el profeta Jeremías cuando preguntó: "¿No hay bálsamo en Galaad? ¿No hay allí médico?" (Jer. 8:22)

Aquél que sanó, también sufrió en sus huesos. En los Salmos aprendemos de los huesos del Señor.

Huesos descoyuntados

"Todos mis huesos se descoyuntaron" (Sal. 22:14).

Piensa en Cristo siendo maltratado al grado de que todos sus huesos se dislocaron de las 360 coyunturas que tenemos en el cuerpo. Uno solo es un inmenso dolor, pero ¡soportar la agonía de 360!

Huesos contados

"Contar puedo todos mis huesos" (Sal. 22:17).

Todos sus huesos descoyuntados y ahora vemos que todos

fueron expuestos. Recibió la tortura cruel de la crucifixión Romana que incluía la terrible flagelación. El que en el cielo cuenta los millares de estrellas y les pone nombre a cada una (Sal. 147:4); sobre una cruz podía contar sus huesos al haber sido salvajemente removida su carne.

Huesos guardados

"Él guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado" (Sal. 34:20).

206 huesos en el cuerpo humano y a pesar de morir la peor muerte de todas, ni un solo hueso de Cristo fue quebrado. Golpes certeros en su hermoso rostro, y ni un solo hueso fue quebrado. Impactos brutales sobre su delicada cabeza coronada de espinas usando cañas, y ni un solo hueso fue quebrado. Clavos gruesos y toscos traspasaron sus benditas manos y sus pies; una lanza atravesó su bello costado, y ni un solo hueso fue quebrado. Los soldados no quebraron sus piernas porque el Señor ya había entregado su vida para que se cumpliera la profecía del salmista (Jn. 19:36).

Huesos quemados

"Mis huesos cual tizón están quemados" (Sal. 102:3). "Mis huesos se han pegado a mi carne" (Sal. 102:5).

El intenso calor del sol lo deshidrató. Dijo haber sido derramado como aguas (Sal. 22:14), su vigor llegó a ser como una vasija quemada y seca y que su lengua se había pegado a su paladar (Sal. 22:15). Todo esto fue como fuego que penetró hasta sus huesos.

Más allá de un sol abrasador, había un Dios que es fuego consumidor (He. 12:28). Arrojó toda su justa ira sobre él por causa de nuestros pecados.

¡Toda gloria solo para él!

La Omnipotencia del Crucificado

El creador de los cielos y de la tierra, aquel que sanó a los enfermos y calmó la tempestad; es el mismo Señor que mostró su poder ilimitado al estar sobre la cruz.

Los hombres al mirar Jesucristo solo pudieron ver en él una aparente debilidad. Pablo escribe: “Fue crucificado en debilidad” (2 Co. 13:4). La multitud, los malhechores y los soldados en burla le retaron a que mostrara su poder durante aquellas horas de angustia.

El Señor sí mostró su poder, no quizás como lo querían ver los hombres, pero sí manifestó su omnipotencia. Jesucristo mostró su gran poder para el bien de la humanidad.

Mostró su poder al poder soportar llevar los pecados de todas las personas de todos los tiempos. El Cordero de Dios puede quitar el pecado del mundo (Jn. 1:29) porque tuvo la capacidad de llevar sobre sí los pecados de todos. Murió por todos los injustos (1 Pe. 3:18). En su cuerpo cargó y llevó todas nuestras maldades (Isa. 53:6; 1 Pe. 2:24). Cualquier hombre en su lugar habría rápidamente sucumbido, más Jesucristo pudo hacerlo, sin duda, costándole un gran sufrimiento.

Jesucristo no solamente mostró poder en haber llevado todos nuestros pecados, pero también al haber concluido y consumado la obra de la salvación. Aún antes de ir a la cruz, Cristo aseguró que la completaría cuando dijo: “He acabado la obra que me diste que hiciese” (Jn. 17:4). Al haberla

concluido, exclamó: Consumado es (Jn. 19:30). Solamente él podía llevar todos los pecados y consumir la obra. Los sacrificios bajo el antiguo pacto eran repetidos una y otra vez, más el Señor tuvo que ser sacrificado “una sola vez” (Heb. 9:28) y con eso bastó. Jamás tendrá que repetir su obra por lo inmensa que es.

El infinito poder de Cristo también lo vemos en su resurrección. Él tenía el poder para entregar su vida y para volverla a tomar (Jn. 10:18). Quedó sin vida sobre ese madero, pero al tercer día de haber sido sepultado, resucitó victoriosamente. Ahora goza de poder vivir “según el poder de una vida indestructible” (Heb. 7:16).

Gracias a Dios por el poder de su bendito Hijo, aún claramente visto en su muerte.

El Desamparado que Ampara

A todos nos consuela inmensamente que en las angustias de la vida, el Señor promete nunca apartarse de nuestro lado. Antes de subir al cielo, le dijo a sus apóstoles: “yo estoy con vosotros todos los días” (Mt. 28:20). Lo que se le prometió a Josué (Jos. 1:5) se nos promete también a nosotros: “no te dejaré, ni te desampararé” (Heb. 13:5).

Es increíble pensar que el Señor, quien nunca nos abandona, fue desamparado por su Dios al estar sobre la cruz por causa de nuestros pecados.

Mil años antes de que Cristo naciera, David profetizó guiado por el Espíritu Santo, que esto sucedería. No solamente profetizó que sería abandonado, sino también anticipa las palabras exactas que Jesucristo diría encontrándose en esa condición. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Sal. 22:1).

Marcos es el único de los evangelios que redacta el cumplimiento de esa profecía. “Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mr. 15:34). Él también nos da otros dos detalles. En primer lugar, nos dice que el Señor exclamó esas palabras a la hora novena y que lo hizo clamando a gran voz.

La hora novena era la hora de la oración y podemos encontrar ejemplos en la Biblia de varones de Dios que

clamaron a Dios a esa misma hora y fueron escuchados. El Señor Jesús, quién entregó su vida aquí en la tierra a la oración, clamó en aquella hora, más no fue oído.

El hecho de que clamó estas palabras a gran voz, nos indica el dolor que le causó el ser abandonado por Dios. Sin duda, le habrán causado terribles dolores los clavos, las espinas, los látigos y la cruz. Pero lo que más le produjo padecimiento fue tener que pagar por nuestros pecados en esas tinieblas durante aquellas horas en completo abandono de Dios.

Acompañemos mañana al que fue desamparado y mostrémosle lo mucho que significa para nosotros lo que él sufrió en nuestro lugar.

Gálatas: El Poder de la Cruz

¡Circuncídate para poder ser salvo! ¡Guarda las fiestas solemnes! ¡La justificación es por obras!

El legalismo se estaba infiltrando en las iglesias en Galacia con el propósito de hacer regresar los que reconocían estar bajo la gracia del Salvador a la ley dada a Moisés bajo el antiguo pacto.

Aquellos quienes estaban perturbando y pervirtiendo el evangelio (1:7), en su torcida legalidad, habían logrado que algunos se alejaran para servir un evangelio diferente (1:6). Habían sido fascinados para dejar de obedecer la verdad (3:1). Los habían engañado para que regresaran a los rudimentos pasados (4:9) al hacerlos pensar que la circunsición y toda obediencia a la ley era lo que les otorgaba la salvación.

Nosotros entendemos que "la ley ha venido a ser nuestro guía para conducirnos a Cristo" (3:24). La ley nunca nos pudo dar lo que Jesucristo nos ha dado. En la carta a las iglesias en Galacia, Pablo combate el error doctrinal al exhibir la incompetencia de la ley y declarar el poder de la obra de Cristo sobre la cruz.

El poder de la cruz:

1. Nos libra del pecado (1:4; 2:4). El pecado esclaviza, pero también la ley. A través de Cristo hemos sido redimidos (3:13, 4:5; 5:1). La obra de la cruz nos permite triunfar sobre

los deseos de la carne (2:20; 5:24) y nos permite vencer al mundo (6:14).

2. Nos adopta para ser hechos hijos de Dios (4:6, 7; 3:26). Maravilloso pensar que enemigos de Dios han sido hechos hijos de Dios. No solamente hemos sido adoptados a nueva familia sino que también hemos sido hechos herederos (4:7).

3. Nos garantiza la promesa del Espíritu (3:14). A través de Cristo podemos vivir una vida fructífera manifestando el fruto del Espíritu (5:22, 23).

4. Nos justifica (2:17). Eramos culpables delante de un Dios santo mas ahora hemos sido declarado justos. Hemos sido revestidos con la justicia de Cristo (3:27), de manera que cuando Dios nos ve, él nos ve en la perfecta justicia de su Hijo.

5. Nos añade a un cuerpo (3:28). Conformado por Judíos, ¡pero también de nosotros los Gentiles!

El legalismo promovía a que las personas se gloriaran en la ley o en si mismos. Pablo nos anima a que únicamente nos gloriemos en Cristo y en la inmensa obra que realizó en la cruz. "Jamás acontezca que yo me gloríe, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (6:14).

Lo Que Hizo Suyo

A veces aceptamos padecer nuestros pesares pero no estaríamos dispuestos a hablar de ellos como si fuesen nuestros de manera muy personal. Quizás es una forma de distanciarnos de la difícil realidad por la que estamos pasando. Con el Señor fue todo lo contrario. Las humillaciones, carencias y padecimientos que soportó las hizo todas suyas.

La Palabra de Dios nos presenta la colección de muchas cosas que el Señor hizo suyas. En esta ocasión estaremos considerando solamente tres de ellas.

Su estrella

Los sabios fueron guiados por la estrella en su búsqueda del Mesías, y al llegar a Jerusalén, le dijeron a Herodes: “su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle” (Mt. 2:2). La estrella les siguió guiando hasta llegar a una aldea pequeña llamada Belén y se detuvo sobre la casa de José y María donde estaba Jesucristo. Aquellos hombres se alegraron y entraron a la casa para postrarse ante el Hijo de Dios y para presentarle regalos de gran valor. Sin duda, habrán notado la pobreza de aquella familia. Buscaban al Rey de los Judíos pero quizás no se esperaban encontrarlo en esas condiciones.

Increíble pensar que aquél bebé que nació en medio de tanto rechazo y pobreza, fue quien había creado la estrella que guió a los magos a donde él estaba.

Su tierra

“Salió Jesús de allí y vino a su tierra, y le seguían sus discípulos” (Mr. 6:1). Su tierra era Nazaret. Vivió allí por casi 30 años. No era un lugar del cual uno quería ser. Abundaba el pecado y los de allí eran considerados inferiores a los de Judea. La pregunta de Natanael sobre Nazaret lo resume bien. Cuando él se enteró que el Cristo era de Nazaret, él preguntó: “¿De Nazaret puede salir algo de bueno?” (Jn. 1:46). Cuando el Señor regresó a Nazaret después de comenzar su servicio público, en vez de creer en él, únicamente tuvieron palabras de menosprecio para con él, y por su incredulidad, Cristo no hizo milagros allí. Aún así Cristo hizo Nazaret “su tierra”.

Su cruz

Juan escribió: “Y él cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera” (Jn. 19:17). ¡Qué amor el de Cristo que por nosotros la cruz la hizo suya! La cruz que le trajo tanto dolor y tanta vergüenza se apropió de ella como si fuese suya para sufrir por nuestros pecados.

Su estrella, su tierra y su cruz. ¡Cuántas cosas hizo suyas por nosotros que le causaron tantas aflicciones!

La Sangre del Salvador

“Esto es mi sangre del nuevo pacto...” (Mt. 26:28).

Mañana Domingo, si el Señor no ha venido, beberemos de la copa y pensaremos en la sangre de nuestro Salvador.

El Señor vino “mediante agua y sangre” (1 Jn. 5:6). Murió derramando su sangre. “Uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza, y al momento salió sangre y agua” (Jn. 19:34). Cuando venga a la batalla de Armagedón su ropa estará teñida en sangre (Ap. 19:3).

Hay por lo menos tres cosas que la Biblia nos enseña acerca de la sangre de Cristo.

1. Inocente (Mt. 27:4)
2. Preciosa (1 Pe. 1:19)
3. Mejor (Heb. 12:24)

Ahora notemos los beneficios de la sangre derramada del Señor.

1. Remisión o perdón (Mt. 26:28; He. 9:22)
2. Trajo el nuevo pacto (Mr. 14:24)
3. Iglesia ganada (Hch. 20:28)
4. Propiciación (Rom. 3:25)
5. Justificación (Rom. 5:9)
6. Redención (Ef. 1:7; Co. 1:14; Ap. 5:9)
7. Hechos cercanos (Ef. 2:13)
8. Paz (Co. 1:20)

9. Entrada al lugar santísimo (He. 10:19)
10. Santificación (He. 13:12)
11. Rociados (1 Pe. 1:2)
12. Limpieza (1 Jn. 1:7; Ap. 1:5)

Con razón cuando lleguemos al cielo y veamos a nuestro Amado, lo único que podremos hacer es alabarle y cantarle:

“Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Ap. 5:6).

Antes Enemigos, Ahora Sentados a su Mesa

Dos enemigos lo último que quieren hacer es verse. Muy difícilmente un enemigo perdona a otro. No sería nada común ver a un enemigo en la casa del otro sentado a su mesa.

Dios es la excepción. Él no se enemistó de nosotros, sino nosotros de él. Decidimos alejarnos de él en el pecado y vivir una vida en afrenta a su santidad. ¡Éramos enemigos de Dios! Dios es la excepción porque a pesar de la enemistad, buscó reconciliarse con nosotros mediante la muerte y resurrección de su precioso Hijo. Pablo escribió: “si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados” (Ro. 5:10).

Ahora reconciliados con él, cada primer día de la semana, nos invita a sentarnos a la “mesa del Señor” (1 Co. 10:21). Tenemos así comunión con su Hijo y con nuestros hermanos a través de un pan y una copa para hacer anunciar la muerte del Señor hasta que él venga (1 Co. 11:26).

Somos como Mefiboset. Él era de la familia de Saúl y por lo tanto acérrimo enemigo de David. Aún así David tuvo misericordia de él y lo invitó a estar a la mesa del rey (2 Sam. 9:13).

No lo merecemos, hermanos. Antes enemigos y ahora somos invitados a la mesa del Señor. Hagamos memoria de la muerte Jesucristo porque él lo merece.

Los Pies del Señor

Pies hermosos

¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina! Isa 52:7

Pies ungidos

“Estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungía con el perfume.” Lc. 7:38

Pies horadados

“Horadaron mis manos y mis pies.” Sal. 22:16

Pies abrazados

“Ellas, acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron.” Mt. 28:9

Pies mostrados

“Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy”. Lc. 24:39

Pies bruñidos

“Sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno”. Ap. 1:15

Pies afirmados

“Se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos”. Zac. 14:4

Pies vencedores

“Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.” Sal. 110:1

Pies dominantes

“Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; Todo lo pusiste debajo de sus pies.” Sal 8:6

La Sepultura de Cristo Bajo la Óptica de los Cuatro Evangelios

El Día

Juan es el que nos dice que el Señor fue sepultado durante la preparación de la Pascua que era celebrada el día de reposo, o sea el día Sábado (Jn. 19:31). Esto nos ayude a saber que el Señor murió y fue sepultado un día Viernes.

La Hora

Mateo y Marcos nos dan el dato de que la sepultura de Cristo fue de noche. El Señor entregó su vida a la hora novena o 3:00 pm (Mr. 15:34). En el horario hebreo el día terminaba a las 6:00 pm. De manera que el Señor fue sepultado a la caída del sol cuando ya oscurecía.

Los Presentes

Según los evangelios, los que estuvieron presentes fueron: José, Nicodemo, María Magdalena y María madre de José. Cuando los reyes eran sepultados, miles de personas asistían y era un evento que podía alargarse hasta por varios meses. No así en el caso de nuestro Amado. Fue una sepultura discreta, poco asistida y de muy corta duración.

Algo que notamos al leer cada uno de los evangelios es que ni una sola palabra es hablada. En silencio y con mucha reverencia el cuerpo de Cristo fue preparado y sepultado por aquellos que tanto lo amaban.

El Cuerpo

Mateo, Marcos y Lucas registran que fue José quien pidió el cuerpo del Señor a Pilato. Marcos describe como José lo hizo con valentía (Mr. 15:43). El mismo evangelista es el único que también que nos dice que Pilato se sorprendió de que el Señor ya había muerto cuando José le hizo la petición (Mr. 15:44).

Mateo nos dice que José era discípulo de Cristo (Mt. 27:57). Lucas lo describe como un hombre bueno y justo (Lc. 23:50). Durante la crucifixión manos de inicuos lo maltrataron (Hch. 2:23). En su sepultura, manos limpias lo manejaron.

Juan es el único de los evangelios que menciona a Nicodemo (Jn. 19:39). De manera que fueron dos hombres prósperos quienes sepultaron al Señor. Esto lo había profetizado Isaías 700 años atrás cuando escribió: "Se dispuso con los impíos su sepultura, más con los ricos fue en su muerte" (Isa. 53:9). Los Romanos habrán pensado en enterrarlo en una fosa común junto con los cuerpos de otros malhechores. Dios no lo iba a permitir y permitió que se le diera una digna sepultura. Nos conmueve pensar que en su nacimiento José y María, dos personas pobres, manejaron al Señor y le pusieron en un pesebre. Pero en su sepultura, su cuerpo fue manejado por dos varones ricos.

Pensemos por unos momentos en el cuerpo del Señor siendo bajado de la cruz por José y quizás también por Nicodemo. Quitan sus manos y sus pies que habían sido clavados a un madero. Ahora lo tienen en sus brazos. Miran su cabeza tan lastimada por la corona de espinas, su cuerpo severamente lacerado por los latigazos y sus manos y pies con grandes huecos por los clavos.

La preparación

Mateo nos dice que José lo envolvió en una sábana limpia (Mt. 27:59). Limpia porque el Señor así lo merecía y porque nos habla de su carácter intachable. Marcos añade que había comprado la sábana después de que Pilato le entregó el cuerpo (Mr. 15:46).

Juan señala de que Nicodemo llevó 100 libras de compuesto de mirra y de áloes (Jn. 19:39). Eran unos 3.5 kg que le habrán costado lo que equivalía el salario de un jornalero de todo un año. ¡Cuanto amor y sacrificio mostrado por ambos hombres hacia el Señor en su sepultura!

José y Nicodemo toman el cuerpo del Señor y lo enrollan con el compuesto y con la sábana.

El sepulcro

Mateo dice que era un sepulcro que José mismo había labrado en una peña (Mt. 27:60). José lo pudo haber utilizado para algún familiar o para él mismo. Pero él decide que se lo quiere dar a su Señor.

La sábana era limpia pero también lo era el sepulcro. Mateo, Lucas y Juan nos informan de que nadie más había sido sepultado allí. En ese tipo de sepulcros eran sepultados más de una persona. No así en este. Aún en su sepultura vemos la grandeza e importancia de nuestro Señor.

El lugar

Juan es el único que nos comparte el hermoso detalle de que el Señor fue sepultado en un huerto (Jn. 19:41). En un jardín es donde vemos la belleza de nueva vida. Describe lo que Cristo haría con nosotros. A través de su muerte y resurrección nos daría vida y vida en abundancia.

La piedra

Las mujeres observaron cuando José y Nicodemo pusieron la piedra en su lugar para cerrar el sepulcro. Gracias a Dios, la piedra fue removida y el Señor de gloria triunfó sobre la muerte para vivir por los siglos de los siglos.

El Nombre de Nuestro Amado

Un nombre fragante

“Tu nombre es como unguento derramado.” Can. 1:3

Un nombre anunciado

“Se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.” Isa. 9:6

Un nombre aborrecido

“Seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre.” Mt. 10:22

Un nombre magnificado

“Era magnificado el nombre del Señor Jesús.” Hch. 19:17

Un nombre exaltado

“Le dio un nombre que es sobre todo nombre.” Fil. 2:9

Un nombre excelente

“Heredó más excelente nombre que ellos.”

Heb. 1:4

Un nombre hermoso

“El buen nombre que fue invocado sobre vosotros.” Stg. 2:7

Un nombre amado

“Salieron por amor del nombre de él”

3 Jn. 7

El Espíritu del Señor

Nuestro Señor al encarnarse tuvo cuerpo, alma y espíritu. Igual que nosotros, pero la gran diferencia es que jamás podía ser afectado por el pecado en todo su ser. La Biblia nos da el inmenso privilegio de poder ir más allá de lo físico, en cuanto al cuerpo del Señor, para poder observar lo espiritual, su alma y su espíritu. En esta ocasión estaremos contemplando seis aspectos del espíritu de Cristo.

Un espíritu omnisciente

Con mucha gracia Jesucristo sanó a un paralítico que había sido bajado por el techo porque la casa estaba llena de gente escuchándole enseñar. El Señor no solamente le sanó, sino también le perdonó sus pecados. Al oírle los escribas, en su mente acusaban a Cristo de blasfemar al no atribuirle a él la potestad de poder hacer eso. Marcos describe cómo él pudo saber exactamente lo que ellos estaban pensando. “Conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos” (Mr. 2:8). Nosotros entendemos que sólo él tiene el poder para perdonar pecados y por siempre le alabaremos por haber cancelado nuestra gran deuda de pecado.

Un espíritu acongojado

Le habrá traído un gran dolor al Salvador cuando aquellos fariseos le pidieron que hiciera una señal con el único propósito de tentarle. Marcos nos dice que el Señor “gimiendo en su espíritu, dijo: ¿Por qué pide señal esta

generación?” (Mr. 8:12). Aquél que era el Todopoderoso recibió muestras de gran incredulidad por aquellos que le rechazaran vehementemente.

Un espíritu gozoso

Lucas escribió acerca de aquella vez en la que Jesucristo “se regocijó en el espíritu” (Lc. 10:21) cuando pensaba en su relación tan singular con Dios su Padre. Tantas cosas que el Padre le mostraba a su Hijo que le traían deleite a su corazón. Pero también le reveló el plan de salvación para la humanidad involucrando su muerte sobre la cruz, y nos maravillamos de la sujeción que mostró a la voluntad de su Padre.

Un espíritu estremecido

Nadie puede leer acerca de la muerte de Lázaro sin conmoverse. Las hermanas tristes y llega el Señor y también muestra sus emociones por la muerte del amigo que amaba. Juan nos dice que cuando Cristo vio evidencias del dolor en los corazones de los presentes por lo sucedido, él “se estremeció en espíritu y se conmovió” (Jn. 11:33). Y después el Señor lloró al ver la tumba de Lázaro (Jn. 11:35). Esto nos debe consolar. En el cielo tenemos uno que nos entiende perfectamente porque él aquí sintió angustias y tristezas.

Un espíritu conmovido

La noche antes de sufrir la muerte más dolorosa posible, Jesucristo sintió la gran amargura de ser traicionado y vendido por uno de sus discípulos. Judas, quien había visto, convivido, escuchado y servido con Jesucristo, ahora lo vendía como si fuera un simple objeto. El Señor al pensar y hablar sobre aquella terrible experiencia, nos dice Juan de Cristo: “se conmovió en espíritu” (Jn. 13:21). ¿Has sentido alguna vez el profundo dolor de ser traicionado por alguien

o que alguien te de la espalda cuando más los necesitabas? Recuerda que Cristo también pasó por eso.

Un espíritu ofrecido

Después de que el Señor sufrió el tormento de la ira de Dios por nuestros pecados, el Señor “dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu” (Jn. 19:30). Al terminar la obra que el Padre le había dado, él le dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc. 23:43). Aún al morir muestra completa fe y entrega a su Padre al ofrecerle su espíritu.

El Entregado

La Escritura nos dice que Pilato después de soltar a Barrabás, entregó a Cristo a los líderes religiosos después de haberlo azotado para ser crucificado (Mt. 27:26). Lucas dice que Pilato “entregó a Jesús a la voluntad de ellos” (Lc. 23:25). El hombre pensaba que entregaba a Cristo para hacer su voluntad cuando realmente el Señor ya se había entregado a la muerte de la cruz. Desde la eternidad pasada ya se había entregado a la voluntad de su Padre de ser el Cordero sacrificado en nuestro lugar. “Mediante el Espíritu eterno de ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Heb. 9:14). El Padre “lo entregó por todos nosotros” (Rom. 8:32) y él se entregó a sí mismo. Pablo dijo de su Salvador: “el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20). A los Efesios se les escribió: “se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:2). Al dar enseñanza Pablo sobre el matrimonio, pone a Cristo como el máximo ejemplo de cómo el marido debe amar a su mujer. “Amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Ef. 5:25). Gracias a Dios por aquél que se entregó.

Grandeza de nuestro Salvador

El Señor Jesucristo es:

Mayor que la creación (Co. 1:16)

Mayor que Juan el Bautista (Mr. 1:17)

Mayor que el templo (Mt. 12:6)

Mayor que el día de reposo (Mt. 12:8)

Mayor que Jonás (Mt. 12:41)

Mayor que Salomón (Mt. 12:42)

Mayor que David (Mt. 22:45)

Mayor que Jacob (Jn. 4:12-14)

Mayor que Abraham (Jn. 8:56-58)

Mayor que Moisés (Heb. 3:3)

Mayor que ángeles (Heb. 1:4)

Mayor que la iglesia (Co. 1:18)

¡Él merece nuestra adoración!

¿Muerte? Mejor Gozarnos en la Vida

Mientras que muchos veneran y conmemoran la muerte, especialmente en estos días, nosotros como Cristianos nos gozamos y adoramos al que da la vida (Hch. 17:25; Ef. 2:1) y aquél que es la Vida (Jn. 11:25; 14:6; Co. 3:4). Hacemos memoria de la muerte del que es el “Autor de la vida” (Hch. 3:15) pero también damos gracias por su gran victoria sobre la muerte. Destruyó “por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (He. 2:14).

Solo él vive en el cielo “según el poder de una vida indestructible” (He. 7:16). Difícil creer que alguien quiera adorar a lo que ha sido vencido y a algo que causa tanta devastación al ser humano como lo es la muerte y no postrarse ante el Señor.

No solo maravilla pensar en su triunfo sobre la muerte, sino también al traer a la memoria cómo todo lo que se relaciona a él está lleno de vida. Cristo dijo: “He venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10). Creer en él nos da la vida eterna (Jn. 3:36). Su palabra nos da la seguridad de que la poseemos (Jn. 5:39). Pedro confesó que sus dichos son vida eterna (Jn. 6:68).

Gozamos de la “justificación de vida” según Pablo (Rom. 5:18).

Todo lo que nos espera en la gloria, también está lleno de la vida que viene del Cristo resucitado. Él recompensará con la corona de vida (Stg. 1:12; Ap. 2:10). Un día comeremos del árbol de la vida (Ap. 2:7). El Señor ha inscrito nuestros

nombres en el libro de la vida (Ap. 3:5). En su presencia nos guiará a fuentes de aguas de vida (Ap. 7:17). Beberemos agua de la Fuente del agua de la vida (Ap. 21:6). Un día veremos el río de agua de vida que sale del trono de Dios (Ap. 22:1). Todo es vida allá.

No podemos sino querer hacer lo que hicieron los apóstoles al estar con el Señor porque Juan escribe: “palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida” (1 Jn. 1:1).

No Fue Librado

En ti esperaron nuestros padres; esperaron, y tú los libraste.
Salmos 22:3

David escribió el precioso Salmo 22 unos mil años antes del nacimiento del Señor. Profetizó lo que Cristo decía y pensaba sobre el madero. Al preguntar sobre el por qué del abandono de su Dios, piensa sobre cómo el pueblo de Israel fue librado continuamente a través de su gran poder. Quizás recordó cómo fueron rescatados de Egipto o de cómo la mano de Dios les llevó a conquistar la tierra prometida, a pesar de la presencia de varios pueblos contra los cuales tuvieron que pelear. Pidieron agua y comida al peregrinar por el desierto, y se les proveyó. Disfrutaron de la sombra de la nube que les guiaba de día y el calor de la columna de fuego por las noches. Y de otras muchas maneras en las que Jehová les libró. Un pueblo desconocido, pequeño e ingrato, fue librado por Dios. El Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, clamó a su Padre hasta que se cansó de clamar (Sal. 69:3) y no fue librado. Aquél que podía haber llamado legiones de ángeles para que lo salvaran, prefirió morir solo y abandonado.

Invitaciones a Mirarlo

Todos quisiéramos haber tenido la oportunidad de ver al Señor. Un día esa será nuestra grata experiencia. Muchos sí tuvieron la dicha de mirarle. Algunos le observaron con admiraciones, otros lo hicieron con rechazo. Lo que queremos notar son tres ocasiones en las que se nos pide en la Escritura mirar a Cristo.

“¡He aquí el hombre!” Jn. 19:5

Pilato en Gabata presentó a Cristo a la multitud y pidió que lo vieran. Para nosotros Cristo lo es todo; para Pilato, era un simple hombre. ¡Qué manera tan contradictoria de mirar a Cristo! Toda la multitud en burla vieron a nuestro Salvador coronado de espinas, vestido con un manto de púrpura puesto sobre él en burla y su cuerpo ensangrentado y desfigurado. Con mucha reverencia, mañana al hacer memoria de él, podemos pensar en aquel que se hizo hombre para poder sufrir por nuestros.

“He aquí mi siervo” Isa. 42:1

No lo entendemos, pero lo aceptamos por que lo dice la palabra de Dios, que Cristo es mencionado en más de una ocasión como el siervo de Dios. Aquél que merece que todo ser vivo le adore y le sirva, acá vino para servir. El profeta Isaías nos hace la invitación de contemplar a Cristo como el siervo. Ningún siervo ha sido tan humilde como él. Ningún siervo ha sufrido como él. Le damos gracias a Dios por la

sujeción de su Hijo a su voluntad aún cuando significa tener que sufrir la muerte violenta de la cruz.

“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” Jn. 1:29

Pilato pidió que se mirara al hombre. Isaías nos anima a ver al siervo. Ahora vemos que Juan el Bautista nos pide contemplar al Cordero manso y perfecto de Dios que fue sacrificado para poder quitar el pecado de todos.

El Señor nos ayude a que mañana al hacer memoria de él podamos mirarle por fe y en devoción adorarle; por lo que él es y por lo que él ha hecho por nosotros.

El Testimonio de Enemigos

Lo normal sería que un enemigo hable muy mal de la persona a la que está atacando. Con el Señor Jesucristo, en el caso de algunos de sus opositores, fue diferente, porque hablaron bien de su persona. Vamos a notar cómo lo que hicieron fue resaltar la perfección y la inocencia del Señor. Después de haberle traicionado, Judas dijo de la sangre de Cristo que era “sangre inocente” (Mt. 27:4). Pilato fue el gobernador quien estuvo a cargo de su crucifixión. Él una y otra vez dijo de nuestro Salvador al interrogarlo: “no hallo delito en él” (Jn. 19:6). Durante el juicio, la esposa de Pilato le mandó a decir en relación a Cristo: “No tengas nada que ver con ese justo” (Mt. 27:19). Y también lo hizo uno de los ladrones que fue clavado junto a él. Después de ver su comportamiento al ser tratado tan cruelmente, él le dijo al otro malhechor refiriéndose a Jesucristo: “este ningún mal hizo” (Lc. 23:41). Al comer del pan y meditar en el cuerpo del Señor, podemos pensar en aquel cuerpo que fue partido por nosotros y que jamás conoció el pecado, algo que reconocieron algunos de los que tuvieron parte en su muerte.